

En Defensa del Marxismo (debate entre stalinistas y trotskistas).

La saga de Woods

Israel Shamir. 2004

Rebelión. Traducción de Germán Leyens

No hay que considerar mi polémica con Alan Woods como una discusión erudita de la Revolución Rusa; la riña no trata de León Trotsky y de José Stalin (que sus almas descansen en paz en el regazo de Marx en el paraíso comunista) sino sobre temas extremadamente relevantes de nuestros días, aunque los presento en su perspectiva histórica.

Woods traza un cuadro completo de la especie de comunismo que apoya, y que desea que todos adopten. Se basa en tres monstruos marinos, como lo hacía el mundo en la cosmografía antigua.

Monstruo N° 1 – No al socialismo en un solo país

Estas palabras son mencionadas por Celia Hart, y son muy apreciadas por Woods. Las repite muchas veces, por ejemplo: “En el fondo de la ideología estalinista se encuentra la llamada teoría del socialismo en un solo país. La teoría antimarxista del socialismo en un solo país fue expuesta por primera vez por Stalin en el otoño de 1924; iba en contra de todo lo que habían defendido los bolcheviques y la Internacional Comunista. Esta idea nunca hubiera sido aprobada por Marx o Lenin.”

Liberémosnos de la discusión talmúdica sobre lo que dijeron exactamente Marx, Lenin o Stalin. Esta tesis de Woods significa que en ningún país los comunistas deberían intentar tomar el poder; porque si lo hacen, será un “socialismo en un solo país”. Los comunistas à-la-Woods esperarían pacíficamente hasta que la burguesía mundial entregue su poder a escala planetaria. Si Woods estuviera en el lugar de José Stalin le devolvería tranquilamente Rusia al Zar o a Kerensky, para evitar esa abominación del “socialismo en un solo país”.

Woods atribuye esta opinión a Lenin: “Lenin sabía muy bien que a menos que triunfara la revolución proletaria en Europa Occidental, especialmente en Alemania, la Revolución de Octubre terminaría por estar condenada.... ¿Cómo era posible construir el socialismo nacional en un solo país y sobre todo en un país extremadamente atrasado como Rusia?” Según Woods, esto significa que después de la derrota de la revolución en Alemania en 1920, los comunistas rusos deberían haber vuelto a sumergirse en la clandestinidad.

Tales posiciones de los trotskistas los convierten en queridos amigos del imperialismo occidental, porque según su opinión, las naciones del mundo debieran esperar bajo sus regímenes hasta el Segundo Advenimiento, es decir la revolución mundial. Los verdaderos comunistas – tachados de ‘estalinistas’ en el vocabulario trotskista – estuvieron y están a favor de la revolución, de la

toma del poder y del socialismo en todas partes - ¡ahora! Mao y Lenin, Castro y Ho Chi Minh no rehuyeron el poder, no dijeron: “¡Oh no!, no vamos a tomar el poder, nuestros países son demasiado atrasados, esperaremos la revolución mundial”; porque sentían responsabilidad y amor hacia sus países – a China y Rusia, a Cuba y Vietnam.

Monstruo N° 2. No al patriotismo

Woods subraya: “El nacionalismo y el marxismo son incompatibles”; pero el odio de Lenin al nacionalismo ruso fue tan grande que durante un cierto tiempo después de la Revolución de Octubre, la palabra ‘Rusia’ desapareció de todos los documentos oficiales soviéticos.

El patriotismo, el amor a su país, es una gran fuerza; esta fuerza debiera ser plenamente utilizada en nuestra lucha contra el enemigo. El comunismo à-la-Woods se posiciona a favor de la globalización: el amor al propio país, ese orgulloso “Patria o Muerte” es anatema para un trotskista. Un comunista debería – según Woods – sentir aversión hacia o ignorar a su país y a su pueblo, debería desear que el nombre mismo fuera eliminado; y jamás debería tratar de unir a sus compatriotas para combatir una invasión extranjera o la conquista imperialista. Woods no está de acuerdo con la opinión de Ziuganov y dice que éste opina que “Rusia se ha convertido en una colonia de los capitalistas extranjeros” y que “este análisis deja la puerta abierta a una política de colaboración con la ‘burguesía (rusa) nacional progresista’ contra los malos capitalistas extranjeros.”

Compañero Woods: los capitalistas occidentales son ciertamente malos para la salud de los rusos y de otras naciones que no son del Primer Mundo. Y los verdaderos comunistas – los que usted llama estalinistas – estuvieron por la colaboración con la burguesía nacional no-compradora contra el imperialismo occidental. Así lo hizo Mao cuando colaboró con el Kuomintang contra los japoneses, Stalin cuando combatió a los alemanes, Castro cuando unió a los cubanos contra los yanquis, los comunistas palestinos cuando se unieron con al-Fatah en la lucha con los judíos sionistas. Los verdaderos comunistas tratan de crear una amplia coalición con las fuerzas nacionalistas para volver al poder, también en Rusia.

Ahora en Irak, las fuerzas de ocupación de EE.UU. abrieron efectivamente la economía iraquí a la conquista occidental otorgando los mismos derechos de acceso a las compañías extranjeras. Este acto lleva a las fuerzas nacionalistas iraquíes a un conflicto aún mayor con los imperialistas. Objetivamente, Woods está de parte de las multinacionales occidentales, ya que excluye la defensa nacionalista del pueblo. Los comunistas à-la-Woods no cooperarán con los nacionalistas iraquíes contra el imperialismo estadounidense, porque el nacionalismo es su mayor enemigo.

Esta discusión del nacionalismo no es nueva. Marx y Lenin declararon que los comunistas debieran apoyar el nacionalismo de las naciones oprimidas y combatir el nacionalismo de los opresores. Sin embargo, el Nuevo Orden Mundial introdujo una nueva nota en el antiguo discurso, porque incluso las naciones del Primer Mundo – de Norteamérica y Europa Occidental – están siendo minadas por las nuevas políticas de sus amos.

Por ejemplo, Suecia, un país europeo occidental extremadamente desarrollado, pierde ahora su industria: las famosas plantas Saab de automóviles, en manos

de una multinacional estadounidense, van a ser cerradas y la producción será transferida a áreas más lucrativas. Decenas de miles de trabajadores capacitados perderán sus puestos de trabajo y miles de propietarios locales serán proletarizados. El mismo proceso tiene lugar en EE.UU., donde las industrias migran hacia el sur, mientras sus beneficios migran hacia la Costa Este. Los trabajadores y los pequeños propietarios podrían ahora crear una nueva coalición nacionalista contra sus amos transnacionales.

En EE.UU., hay fuerzas nacionalistas – de Patrick Buchanan a Gore Vidal a Justin Raimondo – que objetan a los planes mundiales del imperialismo transnacional. Los verdaderos comunistas – estalinistas para Woods – cooperarían, interactuarían, influenciarían con esas fuerzas en la lucha contra el enemigo común. Los comunistas à-la-Woods preservarían su pureza virginal y doctrinaria: para ellos, la lucha contra el nacionalismo es más importante que la lucha contra el imperialismo.

En Europa, fuerzas nacionalistas locales se alzan contra el asalto estadounidense contra la cultura y la economía: de nuevo, los verdaderos comunistas interactuarán con el **movimiento anti-globalización, mientras que Woods combatiría el nacionalismo local y apoyaría objetivamente a las multinacionales.**

Monstruo N° 3 – Alianza con el nacionalismo judío

A pesar de su anti-nacionalismo, hay un tipo de nacionalismo que es aceptable para Woods: el cuasinacionalismo judío transnacional. **Un comunista como Woods combatiría todo nacionalismo, con la excepción del judío. Para él, Stalin fue malo, porque toleró y utilizó el nacionalismo ruso y luchó contra el nacionalismo judío.**

Declara: “El Partido Bolchevique siempre luchó contra el antisemitismo”. Verdad: pero es sólo una verdad a medias. La segunda mitad, que Woods no menciona, es que el Partido Bolchevique bajo Lenin y Stalin siempre luchó contra el nacionalismo judío.

Como todo nacionalista judío, Woods repite el mantra del antisemitismo de Stalin. Escribe: “Uno de los rasgos más repulsivos del estalinismo fue su antisemitismo”. ¿Quiere decir Woods que Stalin adhirió a la teoría racial de las razas semíticas y nórdicas? Poco probable: ese hijo de Georgia no era particularmente nórdico. ¿Quiere decir que los judíos fueron perseguidos como grupo racial bajo Stalin? Obviamente no, porque la hija de Stalin estaba casada con un judío: algunos de sus mejores camaradas y dirigentes del partido tenían mujeres judías (de Molotov a Voroshilov) – o yernos y nueras judíos (Malenkov, Khrushchev).

Basta de racismo. ¿Fueron discriminados los judíos bajo Stalin? En 1936, durante el pináculo del poder de Stalin, su gobierno incluía a nueve judíos, entre ellos el Ministro de Relaciones Exteriores Litvinov, del Interior (servicios secretos) Yahoda, el de comercio exterior, etc. ¿Expresó alguna vez Stalin odio o incluso un agudo rechazo de los judíos? No; en realidad declaró que habría que fusilar a todo antisemita.

Sin embargo, Stalin fue enemigo del nacionalismo judío. Cuando algunos destacados judíos soviéticos planearon la creación de un Estado judío en Crimen después de la expulsión de los tártaros de Crimen, Stalin impidió la

realización de sus planes. Cuando algunos judíos trataron de aliarse con el sionismo, no lo toleró. Intentó de limitar la sobre-representación judía en las estructuras del poder, ya que los judíos estaban sobre-representados en el Partido, el Gobierno y los Servicios Secretos del Estado soviético y constituían más de un 50% de los escalones superiores de la Checa, la GPU y el NKVD.

Esto es lo que Woods llama “el antisemitismo de Stalin”. [Conoce el problema de la “sobre e infla-representación” en lo que se refiere a los rusos, porque escribe:

“La rusificación de los pueblos no rusos se podía ver en la composición de los órganos de dirección de los partidos "comunistas" de las diferentes repúblicas. En 1952 sólo la mitad de los dirigentes de las repúblicas de Asia Central y el Báltico pertenecían a la nacionalidad local. En el resto la proporción era aún menor. Por ejemplo, el partido moldavo sólo tenía un 24,7 por ciento de moldavos, mientras que sólo 38 por ciento de los reclutas del Partido Tayiko en 1948 eran tayikos.”]

Woods abre un camino peligroso [para él] de discurso- ¿Cuántos funcionarios dirigentes en los partidos trotskistas en EE.UU. y Europa eran, y son, de “nacionalidad local”? Utilizando la lógica de Woods, una alta proporción de judíos indica su tendencia a la judaización. ¿O es un argumento que vale sólo cuando es usado contra los rusos?

Stalin quería tener judíos al servicio del Estado soviético, pero no quería que el Estado soviético sirviera una agenda judía. Como resultado, los judíos retuvieron algunos de sus privilegios, pero su posición destacada fue reducida en algo, y fue algo positivo: el partido y el gobierno fueron abiertos a la gente de ‘nacionalidad local’.

Conclusión

La saga de Woods es un recuerdo oportuno del lamentable estado del trotskismo occidental de nuestros días. Los trotskistas occidentales se mantienen a distancia de sus otros compañeros; sabotean la revolución local en nombre de la “revolución mundial”; son antipatrióticos, antinacionalistas, incapaces de atraer a las masas, relacionados a menudo con círculos nacionalistas judíos. Sus consignas apuntan exclusivamente a las minorías; piensan en gays e inmigrantes, en judíos y padres únicos; pero la mayoría de la gente no les interesa. Esta atracción explícita y obsesiva hacia las minorías es una tendencia no-comunista, incluso anticomunista. El comunismo está a favor de la mayoría contra la minoría; por el desposeimiento de la minoría en nombre de la mayoría.

De cierto modo, el comunismo es cristianismo mutilado por la Navaja de Occam. San Pablo desposeyó a los judíos y entregó su tesoro espiritual a la mayoría, a toda la humanidad. Marx desposeyó a los capitalistas y entregó sus tesoros materiales a la mayoría.

La preocupación por las minorías es, por lo tanto, un signo de anticomunismo. Los trotskistas, por cierto, suministran a los imperialistas apoyo desde la izquierda. Woods habla con desdén de un Partido Comunista ruso de quinientos mil miembros; dudo que su organización tenga quinientos.

En breve, el consejo de Woods es tan bueno para los comunistas como si proviniera del *New York Times*: conduce al aislamiento, al sectarismo y al

suicidio política. Celia Hart hará bien en rechazar su pretensión: los amigos de Cuba son los auténticos comunistas que están dispuestos a actuar en condiciones reales, a interactuar con compañeros reales, con todas sus imperfecciones, y a combatir **a sus reales enemigos. Woods y otros trotskistas occidentales siempre encontrarán una razón buena y moral para estar contra Cuba en el momento crítico: si no se trata de los antecedentes de derechos humanos, será por la abierta hombría de su líder o por su producción de cigarros.**

Apéndices

1. Cuba, Stalin y Trotsky

[Israel Shamir respondió el 16 de junio de 2004 (<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=680>) al ensayo de Celia Hart “Sobre el Socialismo en un solo país y la Revolución Cubana” publicado en Rebelión el 11 de mayo de 2004 (<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=6147>). Este apéndice, reproducción del artículo antes mencionado, lo agregó él mismo]

Estimada Celia:

Aplauso su hermoso ensayo y comparto su fe en la vitalidad de la Revolución Cubana. Sin embargo, su fervor antiestalinista parece fuera de lugar, un residuo de la desestalinización de Khrushchev. “Estalinista” es argot trotskista para comunista, la palabra que utilizan para ganar favor con los anticomunistas. Incluso si le gusta León Trotsky usted no tiene que estar contra José Stalin. Han pasado años y decenios, y deberíamos ser capaces de aceptar a los adversarios de antaño, como Marx y Proudhon, o Stalin y Trotsky.

Gran parte de lo que dice se basa en malentendidos. Usted escribió sobre internacionalismo, pero todos sus ejemplos son tomados de la escena latina. Existe ayuda mutua entre cubanos, dominicanos, argentinos, incluso angoleños o españoles – pero todos pertenecen a una misma civilización ibérica. Es una especie de internacionalismo, pero dudo que las naciones mencionadas sean realmente todas tan diferentes las unas de las otras en sus tradiciones. Todas ellas son católicas, ibéricas (castellanos, gallegos, o españoles o portugueses) por idioma y unidos por la sangre y la historia.

José Stalin gobernó un país que es en sí una civilización; un vasto continente con **muchas naciones e idiomas; cuyas interrelaciones con Europa Occidental, fueron, en el mejor de los casos, problemáticas. Fue también un internacionalista, y los rusos bajo Stalin apoyaron a la República Española y al Ejército Rojo de Mao. Pero fue un internacionalista ruso, y su primer deber era hacia el pueblo de la URSS. León Trotsky no comprendió la continuidad de la historia rusa. Estuvo involucrado en una terrible persecución de la Iglesia, en saqueos y destrucciones de iglesias. Estuvo involucrado en las ejecuciones masivas de campesinos y obreros, de oficiales y de intelectuales. Perdió la guerra con Polonia y no pudo lograr la paz con Alemania. Alienó a intelectuales y trabajadores rusos. En su campaña por la revolución permanente no prestó suficiente atención a Rusia; fue su perdición.**

José Stalin convirtió a la Unión Soviética en un estado moderno y fuerte, aseguró el pleno empleo, los derechos de los trabajadores, la educación y la atención a la salud gratuitas. Creó la base industrial e hizo progresar las ciencias. Libró y ganó la más dura de las guerras que Rusia haya vivido. Bajo su gobierno, Rusia socialista sobrevivió interminables ataques del imperialismo de EE.UU. Impidió que levantaran la cabeza las fuerzas pro-occidentales y pro-capitalistas en el país.

Ahora la gente en Rusia recuerda los días de Stalin – no, no con nostalgia, sino con comprensión de que fue el período heroico de la vida de sus padres.

Todas las fuerzas comunistas en Rusia y en Europa son descritas como “estalinistas” si **no aceptan la Pax Americana. Los trotskistas en Rusia son una fuerza pro-occidental y pro-estadounidense, aún más antirusos de lo que fue León Trotsky. Lo mismo vale para numerosos (pero no todos) los grupos trotskistas en Europa.**

De todas formas, interésese por el legado de Trotsky, pero no desdeñe el verdadero comunismo soviético, el que ayudó a Cuba y al que usted ahora llama “estalinismo”.

Israel Shamir

2. Mi carta fue publicada por un trotskista, Roland Garret, en una lista izquierdista española con la siguiente introducción de Garret:

De: Rolandgarret@aol.com

“Esta es una carta de un estalinista, que sigue creyendo en Stalin. Que no comprende o se niega a reconocer el horror de Stalin y del estalinismo. Cuando habla de la República Española, olvida que la falta de ayuda soviética en España permitió que el imperialismo se sintiera seguro ante la revolución. Para comenzar la II Guerra Mundial, o terminar la I Guerra Mundial, que fue detenida por la Revolución de 1917.

“Los bolcheviques nunca apoyaron guerras capitalistas. Stalin lo hizo.”

3. Mi respuesta a Garret.

Roland Garret: Stalin es para mí un importante personaje histórico no un sustituto de Dios; porque Dios no necesita sustitutos. Una persona que respeta, digamos, la contribución de Churchill o de José Martí a la humanidad no tiene que ‘creer’ en ellos. Los ‘estalinistas’ no existen – no es más que una etiqueta hecha por los trotskistas para tachar a un comunista. Igualmente, los “horrores de Stalin y del estalinismo” son un cliché clásico de los anticomunistas. En relación con Cuba, la gente que usted describe como ‘estalinistas’ son grandes partidarios de Cuba, mientras que los que hablan de ‘los horrores de Stalin’ son usualmente enemigos de Cuba.

En cuanto al tema histórico de si la ayuda rusa a la República Española fue suficiente: Rusia carecía de los medios de entrega y no pudo hacer mucho más. No olvide que el Ejército Rojo sufrió severas pérdidas en Polonia en 1920. También es posible que el temor verdadero y justificado de una cruzada occidental contra Rusia soviética también limitó en algo la ayuda rusa. Los rusos consideraban que su país era más que ‘una cerilla para encender la

hoguera de la revolución mundial' y no querían (y no podían) exportar la revolución más allá de las fronteras de su civilización. Los comunistas rusos no fueron un equivalente rojo de los neoconservadores ansiosos de expandir su dominación ideológica: estaban dispuestos a ayudar, pero no querían imponer su voluntad. Los trotskistas, por su parte, eran extremadamente agresivos, como los neoconservadores, y estaban dispuestos a ignorar todas las consecuencias de sus precipitadas acciones.

Con saludos de camaradería

Israel Shamir
Jaffa

En respuesta a La saga de Woods

Una noticia a Israel Shamir
Celia Hart

Cro. Shamir:

Una noticia solamente, pues me incluye como en un saco, y aunque mi cro. Alan Woods piensa en general parecido a mi, somos dos personas independientes y con criterio propio. Muy bien: Yo respondo por lo que digo yo. Woods por Woods y Trotsky por Trotsky:

Empiezo por el final porque es el que más me duele y hace hervir mi sangre.

Odio con todas las fuerzas del mundo al Estado de Israel que considero ilegal y lo que él significa. Odio la resolución de la ONU de 1947 donde sin contar con los palestinos dividió su país. Pertenezco a la brigada de solidaridad con Palestina donde trabajo con muchos compañeros del mundo por mitigar el dolor de ese pueblo y el de la humanidad por la peste del sionismo. Daría mi vida por estar allá con mis hermanos palestinos destruyendo el abominable muro de Sharon, y participando de su resistencia. Lo mismo en Irak. No se donde doy a entender que la lucha para mi es simultánea en el mundo. NO, es permanente, no necesariamente simultánea y al imperialismo se le combate desde Cuba o desde Palestina o donde quiera que muestre sus dientes. He escrito mucho sobre esto, publicado en Rebelión incluso. El nacionalismo sionista es exacto al nacionalismo nazi. Esté de acuerdo Woods conmigo o no. (Creo que debe estar de acuerdo.)

En cuento al socialismo en un solo país. Lo odio porque es mentira, PERO NO PARA DEJAR DE LUCHAR. ¡TODO LO CONTRARIO!. Estoy a favor de la revolución, es sólo eso. Y usted me puede señalar donde se luce que ahí yo estaré. La lucha por la revolución mundial pasa por el hecho sencillo de tomar un fusil en alguna parte. El Che era el precursor del internacionalismo. Fue quien se empeñó en la revolución en América. Y fue al Congo, fue a Bolivia. Ese es mi ejército, compañero. La única manera de amar a la Patria es siendo internacionalista.

En algo concuerdo con Ud. Debemos dejar la retórica y proponer algo. Tengo mis razones para defender a Trotsky. Lo hago para defender al Che. Lo hago

porque es necesario políticamente... nada más. No soy devota de Trotsky, si es lo que le interesa saber. Soy devota de José Martí y del Che Guevara.

Quiero que no mezcle los dos razonamientos y que de paso no me llame niña, pues ya ando con cuatro décadas vividas. Aunque a decir verdad suena bonito.

Sinceramente
Celia Hart

Debate En defensa del marxismo

Respuesta a Israel Shamir

Alan Woods 08-11-2004

El Militante

*El 15 de octubre apareció un artículo de Israel Shamir, **La saga de Woods**, en la página web de habla hispana **Rebelión**. Shamir lanza todo su veneno estalinista contra el verdadero marxismo, es decir, el trotskismo, pero también añade algunas de sus propias ideas originales. Alan Woods, basándose en los escritos clásicos de Marx, Engels y, en particular, Lenin, demuestra que el estalinismo y el marxismo son cosas contrarias. En la primera parte trata principalmente de la cuestión del “socialismo en un solo país”, insistiendo en que esta teoría representaba la estrecha visión nacionalista de la burocracia y que estaba en total contradicción con el internacionalismo de Lenin. El Militante.*

Debo confesar que nunca antes había oído hablar de Israel Shamir. Me han informado de que es un escritor y periodista que vive en Jaffa, Israel. Aunque no nos conocemos, he llegado a la conclusión de que debe ser un hombre muy listo. Consigue hacer algo que sería imposible para los mortales comunes. Responde a artículos que no ha leído. Esto es un arte que, confieso, nunca he logrado dominar. En algún momento debería decirme cómo lo hace.

Se imagina que ha aplastado las ideas del trotskismo. Esto me recuerda el cuento del sastrecillo valiente que iba alardeando de que había matado a “siete de un golpe”. La gente pensaba que estaba haciendo referencia a siete hombres y estaban debidamente impresionados. Pero cuando se enteraron de que hablaba de siete moscas, su admiración por el sastrecillo quedó un tanto mermada. En el caso de Israel Shamir, ni siquiera ha matado una sola mosca, sino que simplemente ha dado palos de ciego y hecho el ridículo.

Shamir es bastante amable al describirme como “el prolífico escritor trotskista Alan Woods” y, hay que reconocerlo, publica un vínculo a los tres artículos que escribí en respuesta a su ataque a Celia Hart. Pero inmediatamente comienza a quejarse de mi “tríptico” como él lo llama. Lamento decir que lo consideraba una “respuesta extremadamente larga para mi breve artículo”.

También lamento que esta respuesta no pueda ser más corta por la siguiente razón: es fácil escribir en pocas líneas distorsiones y mentiras, pero responderlas requieren mucho más espacio. Como hemos señalado en otras ocasiones como esta, para poner al descubierto una mentira es necesario *citar fuentes, hechos y cifras*. Nuestro crítico nunca hace esto en sus artículos y, por

tanto, el valor que tienen no excede el de las siete moscas muertas del sastrecillo.

Israel Shamir no puede tomarse la molestia de leer libros y artículos largos, por eso pone objeciones no sólo al “prolífico escritor trotskista Alan Woods”, sino también a escritores aún más prolíficos como son Marx, Engels y Lenin, a los que tampoco se ha molestado en leer. Hay un refrán español que dice: “*la ignorancia es atrevida*”. Estamos ante un ejemplo clásico de este fenómeno.

Unas cuantas cuestiones preliminares

Israel Shamir comienza su última diatriba con un aviso: “No hay que considerar mi polémica con Alan Woods como una discusión erudita de la Revolución Rusa; la riña no trata de León Trotsky y de José Stalin (que sus almas descasen en paz en el regazo de Marx en el paraíso comunista) sino sobre temas extremadamente relevantes de nuestros días, aunque los presento en su perspectiva histórica”.

En una cosa al menos podemos estar de acuerdo. No hay nada de “erudito” en lo que escribe Shamir. Nos encontramos ante *una total ausencia de seriedad y rigor científico*. Se hacen las afirmaciones más escandalosas, una detrás de otra, sin el más mínimo intento de demostrarlas. Simplemente debemos *aceptar todo* lo que dice nuestro amigo y sin hacer preguntas. La impresión general es de una ligereza extrema.

Cuando Moisés bajó del Monte Sinaí con las tablas de piedra y la cara brillante como el sol, los antiguos israelitas se postraron ante él. No pidieron ninguna prueba. Pero esa era otra época más crédula. Ahora vivimos en el siglo XXI. Stalin está muerto, la Unión Soviética ha colapsado y las tablas sagradas escasean cada vez más.

Durante mucho tiempo, después de la muerte de Lenin, al movimiento comunista mundial se le pidió que aceptara sin preguntar todo lo que les dijeran los dirigentes estalinistas. Los que hacían preguntas incómodas eran etiquetados de “trotskistas” y eran expulsados, o algo peor. Este monstruoso régimen estalinista no tenía nada en común con el Partido Bolchevique, el partido más democrático de la historia, o con el régimen de democracia obrera soviética establecido por Lenin y Trotsky en 1917.

Shamir obviamente echa de menos aquellos buenos viejos tiempos en los que no se hacían preguntas. Pero esos días se fueron para siempre. El colapso de la URSS ha suscitado muchas preguntas en las mentes de comunistas honrados por todas partes. Ellos no están dispuestos a aceptar la vieja sofistería y las mentiras. Es en este contexto en el que surge la cuestión de la reevaluación de las ideas de Trotsky por parte del movimiento comunista. La gente quiere saber la verdad sobre el hombre que, junto a Lenin, dirigió la Revolución de Octubre y quien, junto con aquellos comunistas que defendieron las verdaderas tradiciones de octubre y el bolchevismo-leninismo, se opusieron al estalinismo.

Hasta el día de hoy los dirigentes de los partidos comunistas internacionalmente no han dado una explicación seria del colapso de la Unión Soviética. Son incapaces de hacerlo. *Sólo en las páginas de **La revolución traicionada** y en las otras numerosas obras y artículos escritos por León Trotsky en los años treinta, se podrá encontrar una verdadera explicación marxista de todo lo ocurrido en la URSS después de la muerte de Lenin.*

Trotsky no sólo pronosticó que la burocracia estalinista terminaría restaurando el capitalismo en la URSS. También dio una descripción precisa de lo que ocurriría más tarde: *“La caída de la actual dictadura burocrática, si no es sustituida por un nuevo poder socialista, significará el regreso a las relaciones capitalistas, con un declive catastrófico de la industria y la cultura”*. Esto es exactamente lo que ha ocurrido en Rusia durante los últimos diez años.

Empecemos con algunas preguntas incómodas para nuestros contrincantes estalinistas. La primera es: *si aceptamos lo que vosotros decís, que la Unión Soviética era un paraíso socialista, entonces ¿cómo es que colapsó?*

La segunda es esta: *Si, como decís, el PCUS era un genuino Partido Comunista dirigido por marxistas leninistas comprometidos, ¿cómo pudo suceder que la mayoría de ellos se pasaran al capitalismo con armas y bagajes, y que ahora sean multimillonarios a través del saqueo de la propiedad estatal?*

Y la tercera sería: *si en la URSS había una genuina democracia obrera, ¿por qué los trabajadores soviéticos no lucharon para defender el viejo régimen? ¿Cómo pudo ocurrir que más de medio siglo después de lo que Israel Shamir llama socialismo pudieran restablecer el capitalismo sin una guerra civil?*

Shamir se cubre las espaldas

Siendo un hombre tan listo, Israel comienza *cubriéndose el trasero*. Después de haber declarado la naturaleza “no erudita” (es decir, completamente arbitraria, frívola y acientífica) de sus artículos, añade (contrariamente a lo que había dicho antes) ¡que la discusión no trata en absoluto de Trotsky y Stalin! Además, nos invita cordialmente a *dejar que sus almas descansen en paz*.

Llamamos la atención del lector ante el patente tono de *cinismo burgués* de estas líneas, especialmente la frase *“en el regazo de Marx en el paraíso comunista”*. En los últimos años nos hemos encontrado con este tipo de cosas demasiadas veces. ¿Marx y Lenin? ¡Bah! ¡Eso está pasado de moda! ¿Para qué les necesitamos? ¡Dejemos que los viejos descansen en paz! Ocupémonos de los problemas del mundo moderno.

Esta es la posición, no de un comunista, sino de un escéptico burgués o más bien un burócrata ex-comunista que ha llegado a la conclusión de que después de la caída de la URSS la idea de luchar por el socialismo (el *“paraíso comunista”*) es *completamente utópico y debe abandonarse, junto con todas las ideas caducas de Marx*.

Aquí inmediatamente llegamos al meollo del problema. La esencia de esta discusión no es que las ideas de Trotsky sean correctas. *La esencia es si las ideas de Marx, Engels y Lenin son correctas y todavía son aplicables al mundo moderno*.

En realidad no hay diferencia entre las ideas de Lenin y las de Marx, como tampoco hay diferencia entre las ideas de Lenin y las de Trotsky. Trotsky y sus seguidores se autodenominaban bolcheviques-leninistas. Los estalinistas fueron los que inventaron el “trotskismo”. Pero hay una enorme diferencia entre estalinismo y bolchevismo, una línea de sangre separa a los dos. No tienen nada en común.

Los “tres monstruos marinos” de Alan Woods

El verdadero significado de Israel Shamir es que expresa con una claridad admirable el hecho de que el estalinismo es la negación absoluta del marxismo y el leninismo. Ahora pasaremos a lo que Israel Shamir llama mis “tres monstruos marinos”.

“Woods traza un cuadro completo de la especie de comunismo que apoya, y que desea que todos adopten. Se basa en tres monstruos marinos, como lo hacía el mundo en la cosmografía antigua”.

En realidad, yo no trazo un “cuadro completo de la especie de comunismo que apoyo”, cualquiera que sea. *Yo no traté en absoluto de la sociedad comunista.* En mis artículos escribía sobre los problemas a los que se enfrentaron los bolcheviques después de que la clase obrera tomara el poder en Rusia, un país extremadamente atrasado en el cual, como incluso Stalin sabía, estaban ausentes las condiciones materiales para la construcción del socialismo. Lenin nunca afirmó que el socialismo existiera en Rusia (menos aún el comunismo).

Lo que existía en Rusia después de la Revolución de Octubre no era socialismo ni comunismo, sino un *estado obrero* o la dictadura del proletariado, como lo denominó Marx. Además, como Lenin dijo a Bujarin en 1920, dado el extremo atraso de Rusia, era un estado obrero “*con deformaciones burocráticas*”. Esto es conocido por los marxistas como *el período transicional* ¿el período entre el capitalismo y el socialismo?. Como Shamir considera que se deberían dejar en paz las ideas de Marx, nos disculpamos por mencionarlas, pero de cualquier forma es una realidad.

Cualquiera que esté mínimamente familiarizado con las “viejas” ideas del marxismo sabe que entre el capitalismo y el socialismo hay un período transicional, en el cual la burguesía es expropiada y se instala una economía nacionalizada planificada. Esto representa una conquista colosal y un gran paso adelante, como demostró la historia de la URSS (y también de Cuba). *Pero eso todavía no es socialismo.*

Esto era ABC para todo marxista (incluido Stalin hasta 1924), aunque es algo completamente nuevo para Israel Shamir. Para este gran genio hay *capitalismo* y hay *socialismo*, no hay nada más. Por lo tanto, cuando Alan Woods dice que no era posible la construcción del socialismo en Rusia en la medida que permaneciera aislada en unas condiciones de atraso espantoso, se vuelve furioso.

Utilizando esa marca de peculiar sofistería de los jesuitas y ciertas clases de rabinos escolásticos del tipo talmúdico, Shamir después concluye con que Alan Woods no está a favor de la revolución socialista en Rusia, China, Vietnam, Cuba ¡o en ninguna otra parte! Lo que esto demuestra, como es habitual, es que no tiene la más mínima idea de lo que está hablando.

¿Qué es la teoría de la revolución permanente?

Antes de 1917 todas las tendencias del movimiento marxista ruso estaban de acuerdo en que la revolución venidera sería una revolución *democrática burguesa*, es decir, una revolución surgida de la contradicción entre una economía capitalista en desarrollo y el estado autocrático semifeudal zarista. Pero la simple admisión *general* de la naturaleza burguesa de la revolución no respondería a la pregunta *concreta* de *qué clase* encabezaría la lucha revolucionaria contra la autocracia.

Los mencheviques asumieron por analogía con las grandes revoluciones burguesas anteriores, que la revolución estaría dirigida por los demócratas burgueses y pequeño burgueses, a quienes debería apoyar el movimiento obrero. Lenin se opuso enérgicamente a esta idea que constituyó la principal diferencia política entre bolchevismo (revolucionarismo proletario) y menchevismo (reformismo pequeño burgués).

En todos sus discursos y escritos, Lenin insistía una y otra vez en el papel contrarrevolucionario de los liberales democrático burgueses. Sin embargo, hasta 1917 no creía que los obreros rusos llegaran al poder antes del triunfo de la revolución socialista en occidente. Siguiendo los pasos de Marx, que había descrito el “partido democrático” burgués como “mucho más peligroso para los obreros que los anteriores liberales”, Lenin explicó que la burguesía rusa, lejos de ser una aliada de los obreros *inevitablemente* se pondría al lado de la contrarrevolución:

“La burguesía en su mayoría”, escribió en 1905, “se volverá inevitablemente del lado de la contrarrevolución, del lado de la autocracia contra la revolución, contra el pueblo, en cuanto sean satisfechos sus intereses estrechos y egoístas, en cuanto ‘dé la espalda’ a la democracia consecuente (*y ahora ya comienza a darle la espalda*) ”. (*Obras Escogidas*, vol. 1, p. 549. Ed. Progreso. Moscú, 1961).

En opinión de Lenin la única clase que podía dirigir la revolución democrático burguesa era el proletariado, en alianza con el campesinado:

“Sólo el proletariado es capaz de ir seguro hasta eso, el proletariado lucha en vanguardia por la república, rechazando con desprecio los consejos, necios e indignos de él, de quienes le dicen que tenga cuidado de no asustar a la burguesía” (*Ibíd.*).

Sobre la cuestión de la actitud hacia la burguesía liberal, las ideas de Lenin y Trotsky estaban en total solidaridad contra los mencheviques que escondían detrás la naturaleza burguesa de la revolución como una capa para la subordinación a la burguesía del partido obrero. Argumentando contra la colaboración de clases, tanto Lenin como Trotsky explicaron que *sólo la clase obrera, en alianza con las masas campesinas, podrían llevar a cabo las tareas de la revolución democrático burguesa*.

La única diferencia entre Lenin y Trotsky en las perspectivas para la revolución rusa era que antes de 1917 Lenin pensaba que la clase obrera no podría llevar a cabo la revolución socialista en la Rusia zarista atrasada antes de que triunfara la revolución socialista en occidente. Aquí está lo que realmente decía Lenin sobre la naturaleza de clase de la “dictadura democrática del proletariado y el campesinado”:

“Pero no será, naturalmente, *una dictadura socialista, sino una dictadura democrática*. Esta dictadura no podrá tocar (sin pasar por toda una serie de grados intermedios de desarrollo revolucionario) las bases del capitalismo. Podrá, *en el mejor de los casos*, llevar a cabo una redistribución radical de la propiedad de la tierra a favor de los campesinos, implantar una democracia consecuente y completa hasta llegar a la república, desarraigar no sólo de la vida del campo sino también del régimen de la fábrica, todos los rasgos asiáticos, de servidumbre, iniciar un mejoramiento serio en la situación de los obreros y elevar su nivel de vida y finalmente, en el último por orden pero no

por su importancia, hacer que la hoguera revolucionaria prenda en Europa". (*Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, Obras Escogidas, vol. 1, p. 513. Ed. Progreso. Moscú, 1961. El subrayado es mío).

La posición de Lenin está absolutamente clara y nada ambigua: la próxima revolución será una revolución *burguesa*, dirigida por el proletariado en alianza con las masas campesinas. *En el mejor de los casos* se podía esperar el cumplimiento de las tareas básicas democrático burguesas: distribución de la tierra entre los campesinos, una república democrática, etc. No sólo Lenin no creía en la posibilidad de construir el socialismo en Rusia, sino que antes de febrero de 1917 ni siquiera creía que los obreros rusos pudieran llegar al poder antes que los obreros de Europa.

Para Lenin *no había otro resultado posible en un país atrasado y semifeudal como Rusia*. Antes de 1917 el único marxista ruso que defendía la perspectiva de que el proletariado ruso podría llegar al poder antes que el proletariado europeo era Trotsky. Ya en 1904 adelantó la teoría de la revolución permanente, que afirma que en países subdesarrollados como la Rusia zarista (pero también China, Cuba, Vietnam y Venezuela), *las tareas de la revolución democrático burguesa sólo podrían ser realizadas por la clase obrera tomando el poder en sus propias manos, poniéndose a la cabeza de la nación y expropiando a los terratenientes y capitalistas*:

"Es posible", escribió Trotsky en 1905, "que el proletariado de un país económicamente atrasado llegue antes al poder que en un país capitalista evolucionado (...) En nuestra opinión la revolución rusa creará las condiciones bajo las cuales el poder puede pasar a manos del proletariado (y, en el caso de una victoria de la revolución, así *tiene que ser*) antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de hacer un despliegue completo de su genio político". (1905. *Resultados y perspectivas*, vol. 2, pp. 171-72. Ruedo Ibérico. París, 1971. Subrayado en el original)

La corrección de la teoría de la revolución permanente fue triunfalmente demostrada por la propia Revolución de Octubre. La clase obrera rusa ¿como Trotsky había pronosticado en 1904? llegó al poder antes que los trabajadores de Europa occidental. Cumplieron todas las tareas de la revolución democrático burguesa e inmediatamente emprendieron la nacionalización de la industria, pasando a continuación a las tareas de la revolución socialista. La burguesía jugó un papel abiertamente contrarrevolucionario, pero fue derrotada por la clase obrera que formó una alianza con los campesinos pobres. Los bolcheviques entonces hicieron un llamamiento revolucionario a los trabajadores de todo el mundo para que siguieran su ejemplo.

¿Socialismo en un solo país?

Cuando los mencheviques defendían que las condiciones materiales para el socialismo estaban ausentes en Rusia nadie se lo discutía, tampoco Lenin. Él sabía muy bien que sin la victoria de la revolución en los países capitalistas desarrollados, especialmente Alemania, la revolución no podría sobrevivir aislada, especialmente en un país atrasado como Rusia. ¿Esto significaba por lo tanto que los bolcheviques no debían tomar el poder? En absoluto. Ese era precisamente el argumento de los mencheviques.

Si la revolución rusa hubiera sido concebida como *un hecho aislado y autosuficiente*, la forma en la que parece verla el estrecho nacionalista Shamir,

entonces los mencheviques habrían tenido razón y la toma del poder por parte de los bolcheviques habría sido una aventura. Pero Lenin nunca vio la Revolución Rusa de la forma en la que la ve Shamir, un acto nacional puramente aislado. *Lenin siempre vio la Revolución Rusa como el primer paso en la revolución europea y mundial.*

Este era el caso incluso cuando Lenin todavía pensaba que la Revolución Rusa no podría ir más allá de los límites de una revolución burguesa avanzada (una posición defendida hasta 1917). Siempre insistió en su dimensión internacional y señaló que el destino final de la Revolución Rusa dependería de la extensión de la revolución a Alemania y otros países de Europa.

Israel Shamir no quiere que citemos a Lenin, pero tenemos que pedirle perdón y seguir haciéndolo. En su libro *Dos tácticas de la socialdemocracia*, Lenin explica que la Revolución Rusa no será capaz de afectar a los cimientos del capitalismo “sin una serie de etapas intermedias de acontecimientos revolucionarios”. ¿En qué tipo de acontecimientos pensaba Lenin? Él dice que la revolución democrático burguesa en Rusia es:

“... en el último por orden pero no por su importancia, hacer que la hoguera revolucionaria prenda en Europa. Semejante victoria no convertirá aún, ni mucho menos, nuestra revolución burguesa en socialista; la revolución democrática no se saldrá propiamente del marco de las relaciones económico-sociales burguesas; pero, no obstante, tendrá una importancia gigantesca para el desarrollo futuro de Rusia y del mundo entero. Nada elevará a tal altura la energía revolucionaria del proletariado mundial, nada acortará tan considerablemente el camino que conduce a su victoria total, como esta victoria decisiva de la revolución que se ha iniciado ahora en Rusia”. (*Ibíd.*, p. 513.)

El internacionalismo de Lenin está en total contradicción con el estrecho nacionalismo de los estalinistas. Ni Lenin, ni ningún otro marxista, albergaba en serio la idea de que sería posible construir el “socialismo en un solo país”, mucho menos en un país atrasado, asiático y campesino como Rusia. En todas partes Lenin explica, algo que sería ABC para cualquier marxista, que las condiciones para la transformación socialista de la sociedad estaban ausentes en Rusia, aunque sí estaban totalmente maduras en Europa Occidental. Polemizando con los mencheviques en el libro antes mencionado, Lenin reitera la posición clásica del marxismo sobre el significado internacional de la Revolución Rusa:

“La idea básica aquí es formulada repetidamente por *Vpériod*, que ha declarado que no debemos temer (...) una victoria completa de la socialdemocracia en una revolución democrática, por ejemplo una dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado, pero *tal victoria nos permitiría despertar a Europa; tras desembarazarnos del yugo de la burguesía, el proletariado socialista en Europa nos ayudará a llevar a cabo la revolución socialista*”. (*Ibíd.*, p. 82. El subrayado es nuestro).

En abril de 1917 Lenin cambió de idea. Inmediatamente vio que la única salida era que la clase obrera tomara el poder en sus manos (“todo el poder a los soviets”). Esta idea ¿que era la misma que desde 1904 defendía Trotsky? se encontró con la oposición de otros dirigentes bolcheviques, Kámenev, Zinoviev y Stalin. Ellos defendían la misma postura que nuestro amigo de Jaffa, que la clase obrera no debe tomar el poder pero debe aliarse con la burguesía nacional progresista. Cuando Lenin presentó sus famosas *Tesis de Abril* a *Pravda*

(entonces editado por Kámenev y Stalin) fueron publicados con su nombre y como una opinión personal. Pero después de una feroz lucha Lenin consiguió la mayoría y, junto a Trotsky, llevó a la clase obrera hasta la victoria.

¿Qué es el socialismo?

Para los marxistas la Revolución de Octubre fue el acontecimiento más grande en la historia de la humanidad. Por primera vez, si excluimos el glorioso episodio de la Comuna de París, las masas ¿esos millones de hombres y mujeres trabajadores de a pie? derrocaron el viejo régimen de opresión y comenzaron la tarea de la transformación socialista de la sociedad. Los bolcheviques expropiaron a la burguesía e instituyeron una economía nacionalizada y planificada. Se basaron en la democracia obrera y el dominio de la clase obrera a través de los soviets. Fue una victoria tremenda. ¿Pero eso era socialismo?

Marx dijo en cierta ocasión que la revolución socialista comenzaría en Francia, continuaría en Alemania y terminaría en Inglaterra. A Rusia ni siquiera la mencionó. La razón era que en aquella época el capitalismo no se había desarrollado todavía en países como Rusia. No había industria ni clase obrera. Pero con el desarrollo del imperialismo y la exportación de capital la situación cambió de forma radical. Asia, África y América Latina comenzaron a entrar en el camino capitalista como resultado del capital extranjero.

La ley del desarrollo desigual y combinado significó que incluso en países agrícolas subdesarrollados como la semifeudal Rusia, existieran centros industriales con una enorme concentración de obreros. Esto no significaba que los países subdesarrollados experimentaran un desarrollo similar al de los países capitalistas metropolitanos. La burguesía de aquellos países había entrado demasiado tarde en la escena histórica como para jugar un papel progresista. Estaba atada por mil hilos a los terratenientes y al imperialismo. Por otro lado, los obreros de Rusia estaban abiertos a las ideas más revolucionarias.

Esto creó la posibilidad de que la clase obrera llegara al poder en un país atrasado antes que los trabajadores de Europa estuvieran preparados para tomar el poder. Contrariamente a lo esperado por Marx, el primer estado obrero del mundo llegó al poder, no en un país industrial desarrollado, sino en la Rusia agrícola atrasada. El sistema capitalista, en palabras de Lenin, se “rompió por su eslabón más débil”. Los bolcheviques tenían la perspectiva del desarrollo de la revolución en Europa, especialmente en Alemania. Consideraban la Revolución de Octubre como el principio de un nuevo orden socialista mundial.

El socialismo, como lo entendían Marx y Lenin, presupone que el desarrollo de las fuerzas productivas ha alcanzado un nivel suficiente que eliminará todas las desigualdades materiales. La abolición de las clases no se puede establecer por decreto. Debe surgir de la superabundancia de cosas que elevarán de forma universal la calidad de vida hasta unos niveles insospechados.

Todas las necesidades humanas básicas serían satisfechas y por lo tanto la lucha humillante por la existencia dejaría de existir. La reducción general de la jornada laboral crearía las condiciones para un desarrollo sin paralelo de la cultura. Permitiría a los hombres y mujeres participar en la administración de la industria, del estado y la sociedad. Desde el principio el estado obrero estaría

caracterizado por un nivel de participación democrática muy superior a la república burguesa más democrática.

Como consecuencia, las clases se diluirían en la sociedad, junto con los últimos vestigios de la sociedad de clases: el dinero y el estado. Esto haría surgir el verdadero comunismo y la sustitución de la dominación del hombre por el hombre, con la “administración de las cosas”, por utilizar la expresión de Engels. Esto, y nada más, es lo que llaman los marxistas socialismo. En última instancia, el éxito del socialismo sólo puede estar garantizado por un mundo socialista y una economía socialista planificada mundial.

La nacionalización de las fuerzas productivas fue un gran paso adelante, pero de ninguna manera garantizaba la victoria del socialismo en Rusia. Como señaló Trotsky:

“El socialismo es la organización de una producción social planificada y armoniosa para la satisfacción de las necesidades humanas. La propiedad colectiva de los medios de producción no es todavía el socialismo, sino sólo su premisa legal. El problema de una sociedad socialista no se puede abstraer del problema de las fuerzas productivas, que en la etapa actual de desarrollo humano son mundiales en su misma esencia”. (Trotsky, *Historia de la revolución rusa*. P. 1.237. En la edición inglesa).

Más que construir los cimientos del capitalismo más desarrollado, el régimen soviético estaba intentando superar los problemas presocialistas y precomunistas. La tarea se convirtió en alcanzar a Europa y Norteamérica. Esto estaba muy lejos, incluso de la “etapa más inferior de comunismo” concebida por Marx. Los bolcheviques se vieron obligados a enfrentarse a problemas económicos y culturales que hacía mucho se habían solucionado en occidente.

Lo que teníamos en Rusia no era socialismo sino un estado obrero, y además un estado obrero en unas condiciones de atraso terribles, rodeado por potencias capitalistas hostiles. Este atraso y aislamiento de la revolución, comenzó a presionar a la clase obrera rusa. La guerra civil, el hambre y el agotamiento físico la empujó a la apatía política y permitió el surgimiento de cada vez mayores deformaciones burocráticas en el estado y en el partido.

La tarea principal era mantener tanto como fuera posible el poder. Lenin nunca concibió el aislamiento prolongado del estado soviético. O se rompía el aislamiento o el régimen soviético estaría condenado. Todo dependía de la revolución mundial. Su atraso creó enormes dificultades que tuvieron profundas consecuencias. En lugar de extinguirse el estado, ocurrió el proceso contrario. Debido a la miseria, agravada por la guerra civil y el bloqueo económico, la “lucha por la existencia individual”, utilizando la frase de Marx, no desapareció ni se suavizó, sino que en los años siguientes adquirió una ferocidad inaudita.

La ayuda internacional era vital para garantizar la supervivencia de la joven república soviética. Los bolcheviques intentaron mantener el poder ?contra todas las previsiones? durante el mayor tiempo posible hasta que llegase la ayuda de occidente. Por eso Lenin y los bolcheviques concedieron tanta importancia a la construcción de la Internacional Comunista y la realización de la revolución mundial. Basándose en un plan de producción mundial y una nueva división mundial del trabajo daría un poderoso impulso a las fuerzas productivas. La ciencia y la técnica modernas serían utilizadas para aprovechar

la naturaleza y convertir el desierto en llanuras fértiles. Toda la destrucción del planeta y el espantoso despilfarro del capitalismo llegarían a su final. En una generación aproximadamente estarían sentadas las bases materiales para el socialismo.

Lenin y el “socialismo en un solo país”

Monstruo nº 1 dice Israel, “No al socialismo en un solo país”. Aquí, por ejemplo, Shamir consigue citar algo de lo que yo escribí: “En el fondo de la ideología estalinista se encuentra la llamada teoría del socialismo en un solo país. La teoría antimarxista del socialismo en un solo país fue expuesta por primera vez por Stalin en el otoño de 1924; iba en contra de todo lo que habían defendido los bolcheviques y la Internacional Comunista. Esta idea nunca hubiera sido aprobada por Marx o Lenin”.

Inmediatamente Shamir se lanza a la acción, agitando su espada y blandiendo su escudo: “Liberémonos de la discusión talmúdica sobre lo que dijeron exactamente Marx, Lenin o Stalin”. Aquí el escudo es considerablemente más importante que todo lo demás, ya que es necesario cubrirse el trasero. *No nos quiere dar citas de Marx o Lenin, porque sabe muy bien que su posición se opone de plano a todo lo que ellos dijeron o escribieron.*

Dice que citar a Lenin es caer en una “discusión talmúdica”. Como el señor Shamir sabe, los eruditos talmúdicos medievales, al igual que los escolásticos cristianos, eran personas muy inteligentes y capaces de dar argumentos muy hábiles sobre las minucias de la doctrina religiosa. Si tenían un defecto era que, para defender una posición insostenible, recurrían a lo que es conocido en filosofía como *sofistería*. Este es precisamente el método de Israel Shamir, que ha absorbido a fondo los aspectos más negativos del pensamiento talmúdico. Este es el método “inteligente” que él utiliza en todo momento.

“¡No importa lo que decían Marx, Lenin o Stalin, dice. Sólo escúchenme a mí!” Pero si la discusión es sobre el marxismo, ¿cómo no vamos a citar lo que dijeron Marx y Lenin? A menos que, por supuesto, aceptemos el argumento de los ex-marxistas de que todo lo que escribieron Marx y Lenin realmente está “pasado de moda” y no vale ni el papel en el que fue escrito.

Estamos obligados a citar a Lenin para demostrar que estas ideas no fueron inventadas por Alan Woods, sino que en realidad eran las ideas de Lenin y los bolcheviques. Y para ahorrar mucho tiempo y esfuerzos a Israel Shamir le proporcionaremos unas cuantas citas relevantes de las *Obras Completas de Lenin*. Las siguientes son sólo unos cuantos ejemplos. Se podrían multiplicar a voluntad:

24 de enero de 1918:

“Estamos lejos incluso de haber terminado el período de transición del capitalismo al socialismo. Jamás nos hemos dejado engañar por la esperanza de que podríamos terminarlo sin la ayuda del proletariado internacional. Jamás hemos tenido ilusiones acerca de esta cuestión. La victoria final del socialismo en un solo país es, por supuesto, imposible. Nuestro contingente de obreros y campesinos que está defendiendo el poder soviético es uno de los contingente del gran ejército mundial, que actualmente ha quedado escindido por la guerra mundial, pero que está luchando por la unidad. Ahora podemos ver claramente cuán lejos el desarrollo de la revolución irá. Los rusos la empezaron –los

alemanes, franceses e ingleses la terminarán y el socialismo será victorioso”. (Lenin. *III Congreso de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. Obras Completas*. Moscú. Editorial Progreso. 1986. Volumen 26, pp. 465-72. En la edición inglesa.)

8 de marzo de 1918:

“El Congreso considera que la garantía más firme de afianzamiento de la revolución socialista victoriosa en Rusia consiste únicamente en su transformación en revolución obrera internacional”. (Lenin. *Resolución sobre la guerra y la paz*. Ibíd., Vol. 36. p. 40.)

23 de abril de 1918:

“Alcanzaremos la victoria definitiva sólo cuando logremos vencer, por fin, definitivamente al imperialismo internacional, que se apoya en la grandiosa fuerza de la técnica y de la disciplina. Pero alcanzaremos la victoria únicamente con todos los obreros de los demás países, del mundo entero”. (Lenin. *Discurso pronunciado en el soviét de Moscú de Diputados Obreros, Campesinos y Combatientes del Ejército Rojo*. Ibíd., Vol. 36. p. 240.)

14 de mayo de 1918:

“Esperar hasta que las clases trabajadoras hagan la revolución a escala internacional, equivale a quedar inmovilizados en la espera. Esto es absurdo. Como se sabe, la revolución es una empresa ardua. Después de comenzar con brillante éxito en un país, es posible que atraviere períodos penosos, pues sólo se puede vencer definitivamente a escala internacional y con los esfuerzos mancomunados de los obreros de todos los países”. (Lenin. *Informe sobre la política exterior en la sesión conjunta del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia del Soviet de Moscú*. Ibíd. Vol. 36. p. 344.)

29 de julio de 1918:

“Pero jamás nos hemos hecho la ilusión de que con las fuerzas del proletariado y de las masas revolucionarias de un solo país ¿por más heroicas que sean, por más grandes que sean su organización y disciplina?, de que con las fuerzas del proletariado de un solo país se pueda derrocar el imperialismo internacional: eso únicamente puede hacerse con el esfuerzo conjunto de los proletarios de todos los países... Sabíamos que nuestros esfuerzos llevan inevitablemente a la revolución mundial y que con los esfuerzos de los gobiernos imperialistas no se puede poner fin a la guerra empezada por ellos. Con la guerra únicamente pueden acabar los esfuerzos de todo el proletariado, y nuestra tarea, al subir al poder como partido comunista proletario, cuando en los otros países ha quedado en pie la dominación burguesa capitalista, nuestra tarea inmediata era, lo repito, mantener ese poder, esa antorcha del socialismo para que continuara echando todas las chispas posibles al creciente incendio de la revolución socialista”. (Lenin. *Discurso pronunciado en la reunión conjunta del Comité ejecutivo Central de toda Rusia, del soviét de Moscú, de los comités fabriles y de los sindicatos de Moscú*. Ibíd. Vol. 37. pp 8-9.)

8 de noviembre de 1918:

“Desde el comienzo mismo de la Revolución de Octubre, el problema de la política exterior y las relaciones internacionales ha sido para nosotros el

principal, y no sólo porque el imperialismo constituye desde ahora un engranaje fuerte y sólido, formando un solo sistema, por no decir un inmundito cuajarón de sangre, de todos los Estados del orbe, sino también porque la victoria completa de la revolución socialista es inconcebible en un solo país, pues requiere la colaboración más enérgica, por lo menos, de varios países avanzados, entre los cuales no podemos incluir a Rusia. De ahí que uno de los problemas principales de la revolución sea determinar en qué grado conseguiremos que ésta se extienda también a otros países y en qué medida lograremos hasta entonces hacer frente al imperialismo”. (Lenin. *Discurso sobre la situación internacional*. Ibíd. Vol. 37. p. 277.)

20 de noviembre de 1918:

La transformación de nuestra revolución, rusa, en socialista no era una aventura, sino una necesidad, pues *no había otra* opción: el imperialismo anglo-francés y norteamericano estrangulará *indefectiblemente* la independencia y la libertad de Rusia *si* no triunfa la revolución socialista mundial, el bolchevismo mundial”. (Lenin. *Las preciosas confesiones de Pitirim Sorokin*. Ibíd. Vol. 37. p. 197.)

15 de marzo de 1919:

“Vencer por completo y definitivamente a escala mundial no se puede en Rusia a solas; se podrá únicamente cuando triunfe el proletariado en todos los países, al menos en los adelantados, o, siquiera, en varios de los adelantados más grandes. Sólo entonces podremos afirmar con toda seguridad que la causa del proletariado ha triunfado, que hemos alcanzado nuestro primer objetivo: el derrocamiento del capitalismo.

Hemos alcanzado ese objetivo con relación a un país, y se nos ha planteado la segunda tarea. Si el Poder de los Soviets es una realidad, si la burguesía ha sido derrocada en un país, la segunda tarea es la lucha a escala internacional, la lucha en otro plano, la lucha del Estado proletario en el medio de los Estados capitalistas”. (Lenin. *Éxitos y dificultades del poder soviético*. Ibíd. Vol. 38. p. 46.)

5 de diciembre de 1919:

“Hemos dicho siempre, antes de Octubre y durante la Revolución de Octubre, que nos consideramos y sólo podemos considerarnos uno de los destacamentos del ejército internacional del proletariado, un destacamento que, si se ha colocado a la vanguardia de los demás no ha sido en virtud de su desarrollo y de su preparación, sino debido a las condiciones excepcionales de Rusia, por lo que sólo se puede considerar definitiva la victoria de la revolución socialista cuando sea una victoria del proletariado de varios países avanzados, por lo menos”. (Lenin. *VII Congreso de los soviets de toda Rusia*. Ibíd. Vol. 39. pp. 399-400.)

20 de noviembre de 1920:

“Los mencheviques afirman que estamos comprometidos nosotros solos con la derrota de la burguesía mundial. Sin embargo, siempre hemos dicho que sólo somos un eslabón de la cadena de la revolución mundial, y nunca nos hemos puesto el objetivo de conseguir la victoria sólo con nuestros propios medios”. (Lenin. Ibíd. Vol. 31. p. 431. En la edición inglesa.)

Finales de febrero de 1922:

“No hemos acabado de construir siquiera los cimientos de la economía socialista y las potencias hostiles del capitalismo moribundo todavía son capaces de privarnos de ellos. Debemos apreciar esto claramente y admitirlo con franqueza; no hay nada más peligroso que las ilusiones. Y no hay nada absolutamente terrible en admitir esta amarga verdad; siempre hemos defendido y reiteramos la verdad elemental del marxismo: que para la victoria del socialismo son necesarias las fuerzas conjuntas de los trabajadores de varios países desarrollados”. (Ibíd. Vol. 33. p. 206. En la edición inglesa.)

Como se puede ver, no es en absoluto difícil establecer más allá de toda duda la posición de Lenin sobre la necesidad de la revolución mundial. A menos que el estado soviético no consiguiera romper su aislamiento, pensaba que la Revolución de Octubre no sobreviviría mucho tiempo. Esta idea se repite una y otra vez en los escritos y discursos de Lenin después de la revolución. Al final, los movimientos revolucionarios en Alemania, Hungría, Italia y otros países, fueron derrotados, pero fueron suficiente para detener los intentos del imperialismo de derrocar a los bolcheviques a través de una intervención armada. El estado obrero ruso sobrevivió, pero el aislamiento prolongado en unas condiciones de atraso extremo provocó un proceso de degeneración burocrática que creó las bases para la contrarrevolución política estalinista.

La escuela estalinista de falsificación

“Esta tesis de Woods significa que en ningún país los comunistas deberían intentar tomar el poder; porque si lo hacen, será un ‘socialismo en un solo país’. Los comunistas à-la-Woods esperarían pacíficamente hasta que la burguesía mundial entregue su poder a escala planetaria. Si Woods estuviera en el lugar de José Stalin le devolvería tranquilamente Rusia al Zar o a Kerensky, para evitar esa abominación del ‘socialismo en un solo país’”.

Este es un ejemplo clásico de la escuela estalinista de falsificación. ¿Cuándo y dónde ha encontrado él un artículo, libro o frase mía que pueda ser interpretada como que los comunistas deban “esperar pacíficamente hasta que la burguesía mundial entregue su poder a escala planetaria”?

Aquí y ahora desafío a Shamir para que reproduzca una sola frase de mis “prolíficos escritos” que justifiquen esta ridícula afirmación. Si puede hacerlo, públicamente diré que Israel Shamir tiene razón. *Pero si no lo puede hacer, debe quedar al descubierto ante el movimiento comunista mundial como un mentiroso y un charlatán.*

¿Cuál es la verdadera posición del marxismo en esta cuestión? Marx y Engels ya lo explicaron en *El Manifiesto Comunista*, donde escribieron que la revolución proletaria, aunque nacional en su forma, en su contenido es internacional. Los trabajadores primero deben ajustar las cuentas con su propia burguesía y llevar a cabo la revolución en su propio país. ¿Cómo podría ser de otra forma?

Pero aquí Shamir comete un desatino teórico importante. Confunde la construcción del socialismo con la revolución socialista. Como hemos visto, las dos cosas en absoluto son iguales. Los trabajadores rusos, dirigidos por el Partido Bolchevique bajo Lenin y Trotsky, tomaron el poder en Rusia, no porque existieran las condiciones objetivas para el socialismo (que no existían) sino porque era posible y necesario para ellos derrocar al zarismo.

La revolución alemana

En uno de mis artículos yo escribí: “Lenin sabía muy bien que a menos que la revolución proletaria triunfara en Europa occidental, especialmente en Alemania, la Revolución de Octubre estaría finalmente condenada... ¿Cómo era posible construir un socialismo nacional en un solo país y menos aún en un país extremadamente atrasado como Rusia?”

Israel Shamir responde que “*Woods atribuye esta opinión a Lenin*”. Es decir, pretende que yo pongo palabras en boca de Lenin que él nunca dijo. ¿Cuál era la verdadera actitud de Lenin hacia la revolución alemana?

El internacionalismo de Lenin no era el producto del sentimentalismo o la utopía, todo lo contrario, partía de una aproximación realista a la situación. Lenin era bien consciente de que las condiciones materiales para el socialismo no existían en Rusia, pero sí existían a escala mundial. La revolución socialista mundial evitaría la reaparición de aquellas características bárbaras de la sociedad de clases a las que Marx calificaba como “toda la vieja porquería”, garantizando desde su comienzo un desarrollo más alto que la sociedad capitalista.

Esta fue la razón por la que Lenin puso un mayor énfasis en la perspectiva de la revolución internacional y por la cual dedicó mucho tiempo y energías a la construcción de la Internacional Comunista. Lenin vio la derrota de la primera oleada de la revolución europea como un golpe terrible que sirvió para aislar la república soviética durante un período. Esta no era una cuestión secundaria, sino una cuestión de vida o muerte para la revolución. Lenin y los bolcheviques habían dejado abundantemente claro que si la revolución no se extendía a occidente ellos estarían condenados.

Debemos permitir una vez más que sea el propio Lenin quien hable. El 7 de marzo de 1918 Lenin sopesaba la situación:

“Si examinamos la situación a escala histórica mundial, no cabe la menor duda de que, si nuestra revolución se quedase sola, si no existiese un movimiento revolucionario en otros países, no existiría ninguna esperanza de que llegase a alcanzar el triunfo final. Si el Partido Bolchevique se ha hecho cargo de todo, lo ha hecho convencido de que la revolución madura en todos los países, y que la larga y no la corta, cualesquiera que fuesen las dificultades que hubiéramos de atravesar, cualesquiera que fuesen las derrotas que tuviésemos deparadas, la revolución socialista internacional tiene que venir, pues ya viene, tiene que madurar, pues ya madura y llegará a madurar del todo. Nuestra salvación de todas estas dificultades repito está en la revolución europea”. (Lenin. *Informe político del Comité Central*. Ibid. Vol. 36. p. 13).

Después concluía: “*Y es una lección, porque constituye una verdad absoluta el hecho de que sin la revolución alemana estamos perdidos*”. (Lenin. Op. cit., Vol. 36. p. 16). Semanas más tarde repitió la misma posición: “*Nuestro atraso nos ha puesto en primera línea del frente y pereceremos a menos que seamos capaces de mantenernos hasta que recibamos un apoyo poderoso de los trabajadores que se han rebelado en otros países*”. (Ibid. p. 232. El subrayado es mío. En la edición inglesa).

¿No está perfectamente claro? Lenin daba una enorme importancia a la revolución alemana, a la que consideraba fundamental para la supervivencia de

la revolución rusa. Su punto de vista estaba muy alejado del estrecho nacionalismo de Israel Shamir como el norte del sur. ¡Pero dejemos que Lenin descansa en paz! Shamir continúa alegremente: “Según Woods, esto significa que después de la derrota de la revolución en Alemania en 1920, los comunistas rusos deberían haber vuelto a sumergirse en la clandestinidad”.

Israel Shamir ni siquiera es capaz de dar las fechas correctas de la revolución alemana. Hubo una revolución en Alemania, pero no en 1920. Ese fue el año del golpe de estado de Kapp, que en realidad no fue una revolución sino una *contrarrevolución*, aunque en general Israel Shamir no ve la diferencia entre las dos.

La revolución alemana tuvo lugar en noviembre de 1918. Hubo una huelga general, los trabajadores crearon soviets, el ejército se amotinó y la flota alemana entró en Hamburgo y Kiel con banderas rojas en el mástil. En realidad, en ese momento el poder estaba en manos de la clase obrera. Pero no había un Partido Bolchevique y la dirección estaba en manos de los socialdemócratas que la traicionaron.

El fracaso de la revolución alemana dejó aislada a la revolución rusa. Fue un duro golpe, pero ¿qué conclusiones había que sacar de eso? Ciertamente no que los comunistas rusos debían “sumergirse en la clandestinidad”. (¿De dónde saca estas tonterías?). Bajo la dirección de Lenin y Trotsky los bolcheviques mantuvieron el poder e hicieron lo que pudieron para desarrollar la economía, mientras que al mismo tiempo luchaban para desarrollar la Internacional Comunista y promover la revolución socialista mundial. Algo menos similar a la sumersión en la “clandestinidad” es difícil de imaginar.

En realidad, el movimiento revolucionario en Alemania continuó a través de todo este período, con la insurrección espartaquista de 1919, el golpe de estado de Kapp en 1920, la acción de marzo de 1921 y, por último, pero no menos importante, la situación revolucionaria de 1923, cuando el ejército francés ocupó el Ruhr.

Esto podría haber llevado a la revolución socialista en Alemania, pero cuando los dirigentes comunistas alemanes fueron a Moscú a pedir consejo, se reunieron con Stalin y Zinoviev, ¡que les aconsejaron no hacer nada y permitir que los fascistas alemanes llegaran primero al poder! La derrota de la revolución alemana en 1923 (me imagino que es a la que quiere hacer referencia Israel Shamir) jugó un papel importante en impulsar el ascenso de la burocracia en Rusia y la tendencia de Stalin que la representaba.

El papel contrarrevolucionario del estalinismo

La teoría antimarxista del socialismo en un solo país sólo fue planteada por Stalin y Bujarin después de la muerte de Lenin. Ellos no se habrían atrevido a plantear esta idea en vida de Lenin. Ya en 1928 Trotsky pronosticó que si la Internacional Comunista aceptaba esta línea, sería el principio de un proceso que sólo terminaría con la degeneración nacional-reformista de cada partido comunista del mundo. Demostraremos más tarde cómo sucedió esto realmente. Mientras tanto, regresemos a nuestro amigo de Jaffa, que continúa con su diatriba:

“Tales posiciones de los trotskistas los convierten en *queridos amigos del imperialismo occidental*, porque según su opinión, las naciones del mundo

debieran esperar bajo sus regímenes hasta el Segundo Advenimiento, es decir la revolución mundial. Los verdaderos comunistas ¿tachados de ‘estalinistas’ en el vocabulario trotskista? estuvieron y están a favor de la revolución, de la toma del poder y del socialismo en todas partes ¡ahora! Mao y Lenin, Castro y Ho Chi Minh no rehuyeron el poder, no dijeron: ‘¡Oh no!, no vamos a tomar el poder, nuestros países son demasiado atrasados, esperaremos la revolución mundial’; porque sentían responsabilidad y amor hacia sus países ¿a China y Rusia, a Cuba y Vietnam?”.

Después de haber descubierto, con cierta sorpresa, que me opongo violentamente a la revolución socialista y por lo tanto soy un *contrarrevolucionario*, ahora aprendo, con aún mayor sorpresa, que soy un *querido amigo del imperialismo*. Yo tenía más bien la impresión de que durante los últimos cuarenta y cuatro años he estado luchando tanto contra el capitalismo como contra el imperialismo. Pero el compañero Shamir dice lo contrario, ¿y quién soy yo para discutir? Pero miremos el comportamiento del estalinismo con relación a la revolución en los países coloniales a la que ahora hace referencia Shamir.

No hay otro lugar donde el estalinismo haya jugado un papel más contrarrevolucionario que en la revolución colonial. Después de la muerte de Lenin, Stalin y sus seguidores recuperaron en la revolución colonial la vieja teoría menchevique de las “dos etapas”. Es decir, los trabajadores deben formar un bloque con la llamada “burguesía progresista no compradora” para llevar a cabo la revolución democrático burguesa. La revolución socialista debe ser pospuesta, relegada a un futuro distante y oscuro.

Esa fue precisamente la posición adoptada por Stalin, Kámenev y Zinoviev en 1917, que Lenin criticó tan despiadadamente. Es la misma posición que el compañero Shamir ha rescatado del cubo de basura de la historia, la ha desempolvado y ahora nos la presenta como la última palabra en realismo político. ¿Cuáles han sido los resultados de esta política? *Allí donde se ha aplicado en el mundo colonial, la teoría estalinista de las “dos etapas” ha llevado a una catástrofe tras otra.*

En China el joven partido comunista, que tenía una base de masas entre la clase obrera, fue echado en brazos del Kuomintang dirigido por el burgués nacional Chiang Kai Chek, quien, utilizando el lenguaje de Shamir, fue aceptado por Stalin como un representante progresista de la burguesía nacional no compradora. El Kuomintang incluso fue aceptado como sección simpatizante de la Internacional Comunista, con sólo un voto en contra en el Comité Ejecutivo de la Internacional, el de Trotsky.

Tras utilizar a los comunistas para cubrir su flanco izquierdo, Chiang después, durante la revolución china de 1925-27, liquidó físicamente al Partido Comunista, los sindicatos y los soviets campesinos. La razón por la cual la segunda revolución china adoptó la forma de una guerra campesina, en la cual la clase obrera permaneció pasiva, fue en gran medida por el aplastamiento del proletariado chino como resultado de la política de Stalin caracterizada por Trotsky como “una caricatura maliciosa del menchevismo”.

A propósito, es totalmente falso afirmar que Mao tomara el poder en China sobre la base de una “Alianza Patriótica” con la burguesía nacional. Tomó el poder basándose en una guerra campesina revolucionaria clásica que incluía una guerra de liberación nacional contra el imperialismo japonés. La burguesía

nacional encabezada por Chiang Kai Chek *teóricamente* estaba aliada con Mao en esta lucha, pero en la práctica jugó un papel totalmente contrarrevolucionario. El ejército nacionalista pasó la mayor parte de su tiempo luchando contra el Ejército Rojo y apenas luchó contra los japoneses.

Lo mismo es aplicable a todos los demás movimientos de liberación nacional, incluidos los movimientos de resistencia contra los nazis en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. En cada caso la lucha real contra los nazis estuvo encabezada por los comunistas. Los llamados aliados burgueses en Yugoslavia, Grecia, Francia, etc., jugaron un papel insignificante en la lucha contra los invasores alemanes y pasaron la mayor parte del tiempo luchando contra los comunistas.

La teoría de las dos etapas y Oriente Medio

Los efectos de la teoría de las “dos etapas” han sido particularmente catastróficos en la parte del mundo donde vive el propio compañero Shamir: Oriente Medio. En 1958 en Iraq el Partido Comunista tenía una fuerza de masas, capaz de convocar una manifestación con un millón de personas en Bagdad. Pero en lugar de aplicar una política leninista de independencia de clase y dirigir a los trabajadores y campesinos hacia la toma del poder, buscaron alianzas con la burguesía “progresista no compradora” y los sectores “progresistas” del ejército. Los últimos, después de tomar el poder sobre las espaldas del partido comunista, procedieron a eliminarlo asesinando y encarcelando a sus militantes y dirigentes. El resultado final fue la dictadura de Sadam Hussein y el caos actual.

En Sudán ha ocurrido el mismo proceso no una vez sino dos veces. En 1967 el PC fue capaz de convocar una manifestación de dos millones de personas en Jartum. En lugar de tomar el poder, apoyaron al burgués “progresista nacional no comprador” de Nimeiri, que les agradeció el favor aplastándoles. Como en Iraq, esta política llevó a la victoria de las fuerzas contrarrevolucionarias y la destrucción del PC. Ahí es donde la política defendida por Israel Shamir ha llevado al movimiento comunista en Oriente Medio, donde ha perdido su poderosa base de apoyo y ha quedado reducido a una sombra de sí mismo.

Incluso ahora, el Partido Comunista de Sudán defiende una política de “Alianza Patriótica” con las guerrillas del sur (ahora respaldadas por el imperialismo estadounidense) y la burguesía “progresista” del norte contra el régimen fundamentalista. Estos dirigentes “comunistas” son como los Borbones de la antigüedad que “no se olvidaban de nada y no aprendían nada”. Su política es una receta acabada para una derrota sangrienta tras otra.

El ejemplo más trágico de las consecuencias desastrosas de la teoría de las dos etapas es el caso de Indonesia. En los años sesenta el Partido Comunista de Indonesia era la principal fuerza de masas del país. Era el partido comunista más grande del mundo fuera del bloque soviético, con tres millones de militantes, con diez millones de afiliados en sus organizaciones sindicales y campesinas, e incluso con un apoyo del 40 por ciento del ejército (incluidos sectores de los oficiales). ¡Los bolcheviques rusos no tenían un apoyo tan organizado en el momento de la Revolución de Octubre!

El PC indonesio podría haber tomado fácilmente el poder e iniciado la transformación socialista de la sociedad que habría tenido un efecto tremendo en todo el mundo colonial, provocando una cadena de revoluciones en Asia. En

lugar de eso, los dirigentes del PC (bajo el control de los maoístas chinos) formaron una alianza con Sukarno, un dirigente nacionalista burgués que en aquella época había adoptado una fraseología de “izquierdas”. Aquella política dejó al Partido Comunista totalmente desprevenido cuando la burguesía (siguiendo instrucciones directas de la CIA) organizó una matanza contra los militantes y simpatizantes del Partido Comunista, en la cual fueron masacradas al menos 1,5 millones de personas.

Ahora llega la más monstruosa de todas las numerosas calumnias de Shamir. Pretende que (“objetivamente”) Alan Woods está al lado de los imperialistas norteamericanos en Iraq:

“Ahora en Iraq, las fuerzas de ocupación de EEUU, abrieron efectivamente la economía iraquí a la conquista occidental otorgando los mismos derechos de acceso a las compañías extranjeras. Este acto lleva a las fuerzas nacionalistas iraquíes a un conflicto aún mayor con los imperialistas. Objetivamente, Woods está de parte de las multinacionales occidentales, ya que excluye la defensa nacionalista del pueblo. Los comunistas à-la-Woods no cooperarán con los nacionalistas iraquíes contra el imperialismo estadounidense, porque el nacionalismo es su mayor enemigo”.

¿Qué tonterías son estas? En primer lugar, todo el mundo sabe que hemos luchado consecuentemente contra la monstruosa agresión imperialista en Iraq y que hemos escrito docenas de artículos, documentos y manifiestos sobre esta cuestión. Estamos incondicionalmente a favor del derecho de autodeterminación y la retirada de todas las tropas extranjeras de Iraq, incluidas las tropas británicas. (Imagino que este es otro ejemplo de mi incapacidad de apreciar las buenas obras de mi patria).

He aquí la verdad acerca de la actuación de los “comunistas à-la-Woods”. Y la actuación de los “comunistas à-la-Shamir”, ¿cuál es? Bien, el Partido Comunista de Iraq está ciertamente colaborando con alguien: *¡Han entrado en el gobierno títere de Allawi!* De qué forma puede ser interpretado esto como una cooperación con los nacionalistas iraquíes contra el imperialismo estadounidense no queda muy claro, puesto que EEUU controla este gobierno y todos sus obras. Pero bueno, ¡siempre hay que ser práctico! como nos dice nuestro amigo en Jaffa.

El estalinismo y la revolución cubana

Los crímenes históricos del estalinismo son del dominio público. Pero Shamir no sabe nada de ellos. Alaba a los estalinistas con términos entusiastas y resucita la vieja calumnia del “trotskismo contrarrevolucionario”. Hace mucho ruido acerca de Cuba, lo cual es natural porque toda la polémica surge de la decisión de la compañera Celia Hart de defender públicamente las ideas de Trotsky.

Desgraciadamente, desde su punto de vista no podía haber elegido peor ejemplo. Evidentemente no conoce el papel que jugaron los estalinistas cubanos. ¿Apoyaban los estalinistas cubanos a Fidel Castro? No, no lo hacían. *Ellos apoyaban al dictador Batista.* ¿Por qué? Por una razón que seguramente nuestro amigo de Jaffa aprobaría: ellos decían que Batista era *un nacionalista burgués progresista*. Consideraban a Fidel como un ultraizquierdista, en realidad, un trotskista. Sólo después de la revolución cambiaron la melodía.

La colaboración de los estalinistas cubanos con Batista comenzó incluso antes de la Segunda Guerra Mundial. En noviembre de 1939, en las elecciones a la asamblea constituyente, había coaliciones: Batista y los comunistas por un lado, los Auténticos de Grau y el ABC por el otro. Los últimos ganaron y el PC consiguió aproximadamente el 10 por ciento de los votos.

En la campaña electoral de 1940 cuando Batista disfrutaba del total apoyo de los estalinistas cubanos que le consideraban un “burgués nacional no comprador”, Batista fue elegido presidente con métodos oscuros y, a cambio, en 1942, dos comunistas, Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez, entraron al gobierno. ¡Así es como los estalinistas cubanos entendían la política de las “alianzas patrióticas”!

Los estalinistas abandonaron toda pretensión de una política independiente. Su apoyo a Batista fue totalmente acrítico y servil. Esto es lo que ellos escribían en aquella época:

“Fulgencio Batista y Zaldívar, cubano ciento por ciento, celoso guardador de la libertad patria, tribuno elocuente y popular... prohombre de nuestra política nacional, ídolo de un pueblo que piensa y vela por su bienestar... hombre que encarna los ideales sagrados de una Cuba nueva y que por su actuación demócrata identificado con las necesidades del pueblo, lleva en sí el sello de su valor...”. (Hoy, órgano del PSO, 13 de julio de 1940).

El 28 de enero de 1941 Blas Roca (secretario general del PC Cubano) escribía lo siguiente: *“Permanecemos fieles a la plataforma de Batista en cada uno de los aspectos”*. Juan Marinello declaró unos días después: *“Los únicos leales a la plataforma de Batista son aquellos que son miembros de la Unión Revolucionaria Comunista”*.

El dictador reconoció los incalculables servicios de los estalinistas cuando escribió al líder del PC, Blas Roca, en los siguientes términos:

“Querido Blas,

Con respecto a tu carta que nuestro amigo mutuo, el Dr. Carlos Rafael Rodríguez, ministro sin cartera, me pasó, estoy feliz una vez más de expresar mi firme e inquebrantable confianza en la cooperación leal del Partido Socialista Popular [el nombre oficial por aquel entonces del Partido Comunista de Cuba], que sus militantes y dirigentes han dado y continúan dándome a mí y a mi gobierno...

Créame, como siempre, vuestro afectuoso y cordial amigo.

Fulgencio Batista”.

Estas líneas fueron citadas por el periódico del PC, *Hoy*, el 13 de junio de 1944.

Incluso cambiaron su nombre por el de Partido Socialista Popular y era uno de los partidos más de derechas en la Internacional Comunista. En su segundo congreso el PSP consideró oportuno saludar a Batista con las siguientes palabras: *“(...) Deseamos reiterar que puede contar con nuestro respeto, afecto y estima por sus principios de gobernante democrático y progresista”*. (S. Tutino. *L'Ottobre cubano*, p. 171).

Abandonaron su crítica al imperialismo estadounidense y en lugar de la nacionalización de la propiedad extranjera, defendían “la colaboración en un programa de economía expansiva que aceptaría pagar intereses razonables para las inversiones extranjeras, principalmente inglesas y norteamericanas”. (Ibíd., p. 179).

Este programa y política no podían resultar atractivos para los jóvenes revolucionarios que odiaban el régimen de Batista y estaban decididos a luchar contra él. Así que cuando Fidel Castro levantó la bandera de la rebelión en Cuba, *no sólo lo hizo fuera del Partido “Comunista” sino también contra él.*

¿Pero quizá los estalinistas cubanos cambiaron de idea más tarde y apoyaron a Fidel Castro? ¡Todo lo contrario! Apoyaron a Batista en todo momento. En la línea de su política de unidad nacional y formación de bloques con la “burguesía progresista no compradora”, se unieron a Batista en la condena del ataque de Fidel Castro contra el Cuartel de la Moncada (julio de 1953):

“... la vida del Partido Socialista Popular (comunista)... ha sido combatir... y desenmascarar las *actividades golpistas y aventureras* de la oposición burguesa porque van contra los intereses del pueblo...”. (Información aparecida en *Daily Worker*, órgano del Partido Comunista de EEUU, 10 de agosto de 1953).

Debido a la traición de los estalinistas otras fuerzas encabezaron la revolución. Eran revolucionarios valientes, pero al principio no tenían una idea clara de hacia donde iban. La revolución cubana, como la revolución venezolana, comenzó como una revolución democrática nacional. Los dirigentes en un principio no se planteaban la cuestión del socialismo o la revolución socialista. Pero sus acciones eran mil veces más revolucionarias que las de aquellos en la isla que se autodenominaban comunistas.

Fidel Castro pronunció un discurso en respuesta a las acusaciones de Batista de ser un comunista. En él decía lo siguiente: “¿Qué moral tiene, en cambio, el señor Batista para hablar de comunismo si fue candidato presidencial del Partido Comunista en las elecciones de 1940, si sus pasquines electorales se cobijaron bajo la hoz y el martillo, si por ahí andan sus fotos junto a Blas Roca y Lázaro Peña, si media docena de sus actuales ministros y colaboradores de confianza fueron miembros destacados del Partido Comunista?”. (H.M. Enzenburger, *Raids and Reconstructions*, Londres, 1976. p. 200).

Incluso después de que hubieran derrocado al régimen corrupto y reaccionario del gobierno Batista, el programa de los dirigentes de la revolución no iba más allá de un régimen capitalista democrático. Pero como dice un refrán ruso: “la vida enseña”. El programa de Castro de reformas progresivas se encontró con la oposición de la burguesía cubana y detrás de ella estaba el poderoso imperialismo estadounidense.

La revolución cubana demuestra muy claramente la corrección de la teoría de la revolución permanente de Trotsky. No era posible llevar a cabo el programa de la revolución democrática burguesa en Cuba dentro de los límites del sistema capitalista. Enfrentado a la implacable oposición y sabotaje del imperialismo norteamericano, Fidel Castro expropió los medios de producción. Sin esto la revolución cubana se hubiera perdido.

Cuba y Venezuela

Hay muchos paralelismos entre la revolución cubana y la venezolana. Esta última ha inspirado a los trabajadores, campesinos y jóvenes de toda América Latina y a escala mundial. Las masas revolucionarias han conseguido milagros. Pero la revolución venezolana no está completada. No se puede completar hasta que no se expropie a la oligarquía y se nacionalice la tierra, los bancos y las industrias clave que siguen en manos privadas.

Como Fidel Castro en los inicios de la revolución cubana, Hugo Chávez se basa en el programa de la revolución democrática nacional. Ha demostrado ser un audaz luchador antiimperialista y un consistente demócrata. Pero esto no es suficiente. La oligarquía venezolana se opone amargamente a sus reformas. Detrás de ella está el poderoso imperialismo estadounidense.

Tarde o temprano la revolución venezolana se enfrentará a una disyuntiva. Y al igual que la revolución cubana fue capaz de llevar a cabo la expropiación del latifundismo y el capitalismo, la revolución venezolana también encontrará la determinación necesaria para emprender el mismo camino. Esa es realmente la única vía.

En el momento en que la revolución venezolana cruce el punto de no retorno, eliminando el latifundismo y el capitalismo, rápidamente se podrá extender a otros países de América Latina. Ese es el significado interno de la revolución bolivariana: la necesidad objetiva de unir el continente dividido de América Latina y elevar su desarrollo a un nivel cualitativamente nuevo y superior, de acuerdo con su colosal potencial económico.

Esta es la única perspectiva posible si deseamos poner fin a la dominación de América Latina por parte del imperialismo estadounidense y mundial. Pero esa es una perspectiva que se opone radicalmente al nacionalismo. Defiende la abolición radical de fronteras que han dividido y balcanizado artificialmente América Latina durante doscientos años. También, por necesidad, es una perspectiva anticapitalista (socialista), ya que sólo puede conseguirse rompiendo con la burguesía. El poder debe pasar a la clase obrera y sus aliados naturales, los campesinos pobres y los pobres y semiproletarios urbanos.

La idea de los Estados Unidos Socialistas de América Latina es un libro cerrado bajo siete llaves para los nacionalistas y estalinistas. Pero es una idea que puede unir y movilizar a las masas de trabajadores, campesinos y jóvenes revolucionarios de América Latina. Esa es la consigna del presente que es la clave para el futuro.

Monstruo nº 2. No al patriotismo

Nuestro amigo Shamir, sin embargo, está ciego ante todo esto. No está interesado en el internacionalismo revolucionario. En su lugar canta himnos extasiados a las virtudes del patriotismo:

“El patriotismo, el amor a su país, es una gran fuerza; esta fuerza debiera ser plenamente utilizada en nuestra lucha contra el enemigo. El comunismo à-la-Woods se posiciona a favor de la globalización: el amor al propio país, ese orgulloso ‘Patria o Muerte’ es anatema para un trotskista. Un comunista debería – según Woods – sentir aversión hacia o ignorar a su país y a su pueblo, debería desear que el nombre mismo fuera eliminado; y jamás debería tratar de unir a sus compatriotas para combatir una invasión extranjera o la conquista imperialista”.

Como es habitual, nuestro amigo de Jaffa consigue confundirlo todo. *Es una proposición de ABC que el marxismo es internacionalista por su propia naturaleza.* Marx, Engels, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht nunca defendieron la creación de un partido puramente alemán, de la misma forma que Lenin no consideraba el Partido Bolchevique como un partido puramente ruso. Todos ellos defendían la creación de una Internacional que luchara por el socialismo mundial. Eso es algo que sabría incluso un niño de seis años. Que no sea conocido por el compañero Shamir es su desgracia, no la nuestra.

Marx y Engels no eran internacionalistas por razones sentimentales sino científicas. En las páginas de *El Manifiesto Comunista* explicaban que el capitalismo, que aparece como una serie de mercados y estados nacionales, inevitablemente desarrolla un mercado mundial. El aplastante dominio del mercado mundial es la manifestación más importante de la época en la que nos encontramos. Ningún país, no importa su tamaño, puede separarse del mercado mundial. Rusia y China han descubierto esto. La vieja idea de construir el socialismo en aislamiento nacional ha colapsado ignominiosamente en todas partes.

¿Eso significa que “apoyamos la globalización” como afirma Shamir? No significa eso en absoluto. Pero la tendencia del capitalismo es la de desarrollar un mercado mundial, algo que fue pronosticado en *El Manifiesto Comunista*, y es una realidad. ¿Cuál es la alternativa a la globalización capitalista, es decir, al dominio de todo el mundo por un puñado de empresas gigantescas y estados imperialistas? Shamir contraponen *el nacionalismo burgués* a la globalización. Nosotros contraponemos la lucha de clases y la lucha por el socialismo nacional e internacionalmente.

La lucha por el socialismo mundial implica la lucha contra el imperialismo. Los marxistas siempre distinguiremos entre las naciones opresoras y las oprimidas. Es evidente que defendemos a las últimas frente a las primeras. ¿Pero esto significa que debemos defender el nacionalismo y abandonar el internacionalismo? Esta afirmación significa el total abandono del marxismo-leninismo. *Significa el abandono del punto de vista proletario en favor del filisteísmo nacional burgués y pequeño burgués.* Ese es precisamente el punto de vista de Israel Shamir.

Como ya sabemos, a Israel Shamir no le gusta que citemos a Lenin por la razón obvia de que *todo lo escrito por Lenin se opone completamente a su punto de vista.* Lenin siempre se opuso al imperialismo y a la opresión nacional de las pequeñas naciones, *pero también se opuso implacablemente al filisteísmo nacional de las pequeñas naciones.* La cuestión nacional, como todas las demás cuestiones sociales, es en el fondo una cuestión de clase. Ese era el punto de vista de Lenin y el de cualquier genuino marxista. En su obra *Notas críticas sobre la cuestión nacional*, Lenin explica con una claridad admirable esta proposición elemental del marxismo:

“En *cada* cultura nacional existen, aunque no estén desarrollados, *elementos* de cultura democrática y socialista, pues en *cada* nación hay una masa trabajadora y explotada, cuyas condiciones de vida engendran inevitablemente una ideología democrática y socialista. Pero en *cada* nación existe así mismo una cultura burguesa (y, además en la mayoría de los casos, ultrarreaccionaria y clerical), y no simplemente en forma de ‘elementos’, sino como cultura *dominante*. Por eso, la ‘cultura nacional’ en general es la cultura de los

terratenientes, de los curas y de la burguesía". (Lenin, *Notas críticas sobre la cuestión nacional*. P. 10. El subrayado en el original).

¿No está claro? La cuestión nacional es una cuestión de clase. Pero se puede buscar en vano en todos los artículos del compañero Shamir, y no se encontrará, el más mínimo atisbo de una posición de clase. Los marxistas no encubrimos las contradicciones de clase, todo lo contrario, las sacamos a la superficie. Esto no es menos obligatorio en el caso de una nacionalidad oprimida como lo es en una nación opresora. Como explica Lenin en *Notas críticas sobre la cuestión nacional*: "En las sociedades anónimas tenemos juntos y completamente fundidos a capitalistas de diferentes naciones. En las fábricas trabajan juntos obreros de diferentes naciones. *En toda cuestión política realmente seria y realmente profunda los agrupamientos se realizan por clases y no por naciones*". (Ibid. p. 23).

En otra obra escribe lo siguiente: "Los intereses de la clase obrera y de su lucha contra el capitalismo exigen una completa solidaridad y la más estrecha unión de los obreros de todas las naciones, *exigen que se rechace la política nacionalista de la burguesía de cualquier nación*".

Lenin siempre escribió de una forma clara y sin ambigüedades. Su significado de ninguna forma da lugar a malentendidos. Y su significado es el siguiente: para los marxistas, en todo momento y en todas las condiciones, la cuestión de clase está en primer lugar. Defendemos la unidad sagrada de la clase obrera, independientemente de nacionalidad, idioma, color o religión. Nos oponemos al veneno nacionalista venga de donde venga.

¿Nacionalismo o internacionalismo?

Shamir continúa:

"Esta discusión del nacionalismo no es nueva [¡verdad!]. Marx y Lenin declararon que los comunistas debieran apoyar el nacionalismo de las naciones oprimidas y combatir el nacionalismo de los opresores [¡también verdad!]. Sin embargo, el Nuevo Orden Mundial introdujo una nueva nota en el antiguo discurso, porque incluso las naciones del Primer Mundo ¿de Norteamérica y Europa Occidental? están siendo minadas por las nuevas políticas de sus amos [¡ajá!].

Por ejemplo, Suecia, un país europeo occidental extremadamente desarrollado, pierde ahora su industria: las famosas plantas Saab de automóviles, en manos de una multinacional estadounidense, van a ser cerradas y la producción será transferida a áreas más lucrativas. Decenas de miles de trabajadores capacitados perderán sus puestos de trabajo y miles de propietarios locales serán proletarizados. El mismo proceso tiene lugar en EE.UU., donde las industrias migran hacia el sur, mientras sus beneficios migran hacia la Costa Este. Los trabajadores y los pequeños propietarios podrían ahora crear una nueva coalición nacionalista contra sus amos transnacionales".

A pesar de todos los giros y cambios talmúdicos, y la inclinación ocasional a la memoria de Marx e incluso Lenin, Shamir siempre regresa a la misma idea: *el marxismo está caduco. La lucha de clases está pasada de moda*. La clase obrera debe olvidar el socialismo y la revolución socialista durante los próximos cien años (o mejor mil). No debe de tener una política independiente sino que debe

atarse firmemente el carro del Capital y apoyar a su “propia” burguesía (buena) frente a los extranjeros (malos).

Viendo esto, podemos ver lo lejos que ha retrocedido el movimiento comunista. ¡Es como si Lenin nunca hubiera vivido o escrito una sola línea! Lo que nunca dijo Lenin es que los marxistas deban apoyar a la burguesía nacional o a la pequeña burguesía nacionalista. *Todo lo contrario, la premisa fundamental de la posición de Lenin sobre la cuestión nacional era la absoluta independencia de clase.*

El primer principio del leninismo fue siempre la necesidad de luchar contra la burguesía, tanto en las naciones opresoras como en las naciones oprimidas. En todos los escritos de Lenin sobre la cuestión nacional hay una crítica implacable no sólo a la burguesía nacional, sino también a la pequeña burguesía nacionalista. Esto no es casualidad. La idea de Lenin era que la clase obrera debe ponerse a la cabeza de la nación para dirigir a las masas hacia la transformación revolucionaria de la sociedad. Así en las *Notas críticas sobre la cuestión nacional* escribe lo siguiente:

“Es progresivo el despertar de las masas después del letargo feudal; es progresiva su lucha contra toda opresión nacional, su lucha por la soberanía del pueblo, por la soberanía nacional. De aquí, la obligación **incondicional** para todo marxista de defender la democracia más resuelta y más consecuente en todos los aspectos de la cuestión nacional. *Es ésta una tarea fundamentalmente negativa. Pero más allá de este límite el proletariado no puede apoyar el nacionalismo, pues más allá empieza la actividad ‘positiva’ de la **burguesía** en su afán de **consolidar** el nacionalismo*”. (Lenin. *Notas críticas sobre la cuestión nacional*. p. 21. El subrayado en el original).

Un poco después añade, con la intención de hacer un énfasis mayor: “Sí, indiscutiblemente debemos luchar contra toda opresión nacional. No, indiscutiblemente no debemos luchar **por** cualquier desarrollo nacional, **por** la ‘cultura nacional’ en general”. (Ibíd., p. 22. El subrayado en el original).

Para combatir las perniciosas ilusiones divulgadas por los nacionalistas, Lenin hacía la siguiente advertencia: “El proletariado no puede apoyar ningún afianzamiento del nacionalismo; por el contrario, apoya todo lo que contribuye a borrar las diferencias nacionales y a derribar las barreras nacionales, todo lo que sirve para estrechar más y más los vínculos entre las nacionalidades, todo lo que conduce a la fusión de las naciones. Obrar de otro modo equivaldría a pasarse al lado del reaccionario filisteísmo nacionalista”. (Ibíd., p. 22)

¿Está claro? Los trabajadores tienen el deber de oponerse a todas las formas de discriminación y opresión nacional. Pero también tienen el deber de *rechazar el apoyo al nacionalismo en cualquier forma o modelo*. Qué contraste con personas como Shamir que pretenden defender una política comunista mientras defienden el veneno nacionalista del peor tipo. Enturbiar la línea divisoria entre marxismo y nacionalismo es una violación de todo lo que Lenin siempre defendió.

Monstruo n° 3. Alianza con el nacionalismo judío

Israel Shamir es un nacionalista y está obsesionado con el nacionalismo. Él mismo, por supuesto, es un nacionalista extremo *¿un chovinista gran ruso que ha absorbido todos los peores aspectos de esta clase de chovinismo más*

reaccionario?. Abraza entusiastamente todas las ideas reaccionarias que han resurgido en Rusia junto con la restauración del capitalismo. Y pretende que esto representa amor por Rusia, cuando en realidad es todo lo contrario.

La liquidación de la economía nacionalizada planificada y el cambio a la economía de mercado ha significado, como brillantemente pronosticó Trotsky, un profundo declive de la cultura rusa. La contrarrevolución capitalista ha traído consigo la prostitución, la drogadicción, el SIDA, la pornografía, el gran chovinismo ruso, las Centurias Negras, los pogromos, el antisemitismo, la astrología, la superstición y la Iglesia Ortodoxa Rusa. ¡Estas son las bendiciones con que el capitalismo ha castigado al pueblo ruso!

Lenin y los bolcheviques borraron toda la fétida suciedad reaccionaria acumulada durante mil años de zarismo. Ahora ha regresado y amenaza con inundar la sociedad rusa, atascando y envenenando cada uno de sus poros. ¿Qué dice Israel Shamir sobre todo esto? Él no tiene problemas con el capitalismo, siempre y cuando los capitalistas sean buenos *rusos* y no *judíos* o *extranjeros*. Es un defensor entusiasta del *chovinismo gran ruso* e incluso ese bastión de la reacción que es la *Iglesia Ortodoxa Rusa*. También es un *apologista del antisemitismo*.

Ya se sabe que la mejor defensa es el ataque. Para encubrir sus propias tendencias chovinistas hace una afirmación francamente asombrosa: “A pesar de su anti-nacionalismo, hay un tipo de nacionalismo que es aceptable para Woods: el cuasi nacionalismo judío transnacional. *Un comunista como Woods combatiría todo nacionalismo, con la excepción del judío. Para él, Stalin fue malo, porque toleró y utilizó el nacionalismo ruso y luchó contra el nacionalismo judío*”. (El subrayado en el original).

Como es habitual, Shamir hace esta increíble afirmación sin intentar justificarla. Ni una sola cita, no presenta ningún dato que demuestre cómo, cuándo o dónde Alan Woods defiende el nacionalismo judío. Si no fuera algo tan serio resultaría risible. ¡Pero ya está bien de esta payasada! Los lectores de *Marxist.com* son perfectamente conscientes de cuál es, y siempre ha sido, nuestra actitud hacia el sionismo reaccionario.

La verdadera razón por la cual Shamir hace esta acusación tan escandalosa es para desviar la atención de mis afirmaciones específicas de Stalin ¿el ídolo de Shamir? y su *violenta política antisemita*. Yo dije que una de las características más repulsivas del estalinismo fue su antisemitismo. Esto es cierto y se puede demostrar fácilmente que es verdad. Shamir intenta salir del apuro embaucándonos con esto:

“¿Quiere decir Woods que Stalin adhirió a la teoría racial de las razas semíticas y nórdicas? Poco probable: ese hijo de Georgia no era particularmente nórdico”.

En primer lugar, el antisemitismo no es una prerrogativa exclusiva de las “razas nórdicas” (cualquiera que se supongan que sean). En segundo lugar, el origen georgiano de Stalin de ningún modo significa que estuviera libre de prejuicios nacionales y raciales. Más bien lo contrario, la historia conoce más de un ejemplo de personas procedentes de pequeñas naciones oprimidas que adoptaron la ideología de las naciones opresoras y se convirtieron en los opresores nacionales más violentos.

El propio Hitler no era alemán sino austriaco, eso no impidió que se convirtiera en un rabioso imperialista y chovinista alemán. Pero hay un ejemplo aún mejor, Napoleón Bonaparte, éste era de origen corso y por lo tanto pertenecía a *una pequeña nación oprimida por Francia*. En su juventud coqueteó incluso con el nacionalismo corso. Pero cuando llegó al poder en París se convirtió en un exponente extremo del imperialismo, militarismo y centralismo burocrático francés.

La evolución de Stalin fue similar. Aunque no podía ni siquiera hablar un ruso decente, adoptó la ideología del más crudo chovinismo gran ruso. Lenin comprendió esto y denunció el chovinismo gran ruso de Stalin con los términos más duros e incluso rompió relaciones personales y de camaradería con él.

Por último, pero no menos importante, tenemos a Israel Shamir, que vive en Jaffa y presumiblemente es judío pero que ha decidido que debería defender la política antisemita de Stalin y denunciar a todos sus críticos como “nacionalistas judíos”. Si sólo fuera una cuestión de Israel Shamir oponiéndose al reaccionario imperialismo israelí, no habría diferencia entre nosotros. Ese es el deber de cualquier persona progresista o de izquierdas, ya sea judío o gentil. Pero ir al otro extremo e intentar excusar el antisemitismo, o al menos encontrar disculpas para él, francamente resulta criminal. Este tipo de cosas realmente ayuda al sionismo y desacredita el comunismo. No es comunismo en absoluto. *Sólo es sionismo dado la vuelta al revés.*

El antisemitismo de Stalin

Contra todas las evidencias, Shamir niega que en la URSS bajo Stalin existiera antisemitismo. Protesta indignado:

“¿Quiere decir [Alan Woods] que los judíos fueron perseguidos como grupo racial bajo Stalin? Obviamente no, porque la hija de Stalin estaba casada con un judío: algunos de sus mejores camaradas y dirigentes del partido tenían mujeres judías (de Molotov a Voroshilov) ?o yernos y nueras judíos (Malenkov, Kruschev). Basta de racismo. ¿Fueron discriminados los judíos bajo Stalin? En 1936, durante el pináculo del poder de Stalin, su gobierno incluía a nueve judíos, entre ellos el Ministro de Relaciones Exteriores Litvinov, del Interior (servicios secretos) Yahoda, el de comercio exterior, etc. ¿Expresó alguna vez Stalin odio o incluso un agudo rechazo de los judíos? No; en realidad declaró que habría que fusilar a todo antisemita”.

Esto es absolutamente increíble. Hoy es de conocimiento común que Stalin fue un rabioso antisemita. Y de hecho, los ejemplos que Shamir intenta utilizar demuestran lo contrario a lo que pretende. Más que cualquier otra cosa su actitud ante esta cuestión revela un punto de vista completamente reaccionario, algo absolutamente ajeno a las tradiciones de Lenin y el Partido Bolchevique.

La revolución bolchevique dio libertad a los judíos, como la revolución cubana supuso la libertad para los afrocubanos, sobre la base de la total igualdad social, legal y política. Después de 1917 Lenin y los bolcheviques incluso garantizaron que aquellos judíos que lo desearan pudieran vivir en su propia región autónoma, la zona conocida como Birobidzan. Este fue un gesto de los bolcheviques para demostrar que el nuevo estado obrero estaba poniendo fin a todas las formas de discriminación. La gran mayoría de los judíos no aceptaron esta oferta porque sentían que sus derechos estaban garantizados en la Rusia post-revolucionaria.

Pero este no fue el caso con el régimen estalinista. Ya en su lucha contra la Oposición de Izquierdas Stalin utilizó el antisemitismo, insistiendo en que Trotsky, Zinoviev y Kámenev eran judíos y que “los judíos estaban causando problemas en el Comité Central”. Los dirigentes de la Oposición de Izquierdas fueron todos expulsados del Partido Comunista y arrestados. Stalin publicó un edicto: “No es casualidad que la oposición esté dirigida por judíos. Esta es una lucha entre el socialismo ruso y elementos ajenos”. Semejantes declaraciones habrían sido motivo de expulsión del partido cuando Lenin vivía. Pero para Shamir no sólo son aceptables sino que son loables, ¡porque había “demasiados” judíos en el Partido Comunista!

En 1930 Stalin cerró *Yevslechtsia*, una entidad oficial soviética destinada a descubrir los incidentes antisemitas, supuestamente porque el número de incidentes antisemitas había descendido. Esto probablemente era verdad. La clase obrera soviética fue educada por los bolcheviques en un espíritu internacionalista y no toleraría el racismo. Sin embargo, con la afluencia de campesinos atrasados de las aldeas durante la industrialización de los primeros planes quinquenales, el problema resurgió y fue alentado desde arriba, primero de forma tácita, después más abiertamente.

La revolución bolchevique comenzó, como hemos visto, con una campaña contra el antisemitismo y la promoción del idioma y literatura yiddish. En determinado momento llegó a haber 400 periódicos yiddish. En 1938 no había ninguno. Los estalinistas liquidaron las instituciones judías, las editoriales, asociaciones culturales y arrestaron a sus empleados. La firma del Pacto Hitler-Stalin dio luz verde para que la oculta burocracia estalinista y antisemita se expresara más abiertamente.

Shamir cita el caso de Máximo Litvinov, el Comisario Soviético para Asuntos Exteriores de los años treinta como una prueba de que no había antisemitismo en la Rusia de Stalin. Lo que no menciona es que Litvinov fue destituido en el mismo momento en que se firmó el Pacto Hitler-Stalin como una cortesía a Hitler. La Unión Soviética no podía enviar a un judío a hablar con Hitler, no fue esa la única “concesión” de este tipo.

Durante la alianza nazi-soviética desde agosto de 1939 hasta el 22 de junio de 1941, los medios de comunicación soviéticos utilizaban la frase “racismo reaccionario” en lugar de la palabra “fascismo” que ya no se podía mencionar y, menos aún, criticar. Beria envió una circular a los comandantes de los campos de concentración prohibiendo llamar a los prisioneros “fascistas” a modo de insulto. Fue diez días después de la invasión alemana, el 2 de julio de 1941, cuando Stalin permitió alguna crítica pública de la Alemania nazi.

Cuando la URSS fue invadida por Hitler, se permitió de nuevo la agitación antifascista. En marzo de 1942 al Comité Judío Antifascista (JAFC) se le asignó la tarea de recoger fondos en EEUU para los costes de la guerra soviética. Solomon Mikhoels, el famoso actor y director del Yiddish Art Theatre, e Itzik Feffer, un poeta yiddish, fueron enviados a EEUU en mayo de 1943 para una gira de seis meses. Fue un gran éxito.

Sin embargo, el peor período de antisemitismo vendría después de la Segunda Guerra Mundial. Stalin en esta época probablemente estaba loco y ciertamente paranoico. Veía enemigos por todas partes, particularmente judíos. El 20 de noviembre de 1948 el JAFC fue oficialmente disuelto. El 28 de enero de 1949 unos 100 miembros del comité fueron encarcelados acusados de “cosmopolitas

desarraigados”. Más tarde los miembros del JAFK fueron acusados de formar parte de una conspiración sionista-estadounidense contra la Unión Soviética.

Stalin ordenó ejecutar a Solomon Mikhoels y después hizo pasar por encima de él un camión para que pareciera que había muerto a causa de un accidente. La fuente principal de esta revelación es la hija de Stalin, Svetlana, que escuchó a su padre en enero de 1948 ordenar a través del teléfono la liquidación del actor. Después siguió un gran funeral de estado y un obituario colmado en *Pravda* llorando “la gran pérdida”. Esto es absolutamente típico del cinismo de Stalin.

Sus siguientes víctimas fueron unos 110 miembros del JAFK, todos acusados de espionaje, propaganda nacionalista y el intento de establecer una república judía en Crimea como “cabeza de puente” para el imperialismo norteamericano. El juicio a los 15 principales miembros del JAFK comenzó el 8 de mayo de 1952. Trece fueron ejecutados por un pelotón de fusilamiento el 12 de agosto de 1952.

Stalin acusó a los médicos del Kremlin de intentar envenenarlo. Todos eran judíos. Fueron brutalmente torturados para sacarles confesiones falsas y algunos de ellos murieron en las torturas, pero Stalin no estaba satisfecho. Su furia aumentó cuando el MGB no consiguió sacar las confesiones que él quería. En diciembre de 1952, unos pocos meses antes de su muerte, desvariaba en el CC:

“Aquí, ¡mira qué gente! sois hombres ciegos, gatitos, no veis el enemigo; qué haríais sin mí, el país perecería porque no sois capaces de reconocer al enemigo [...] Todo judío es un espía potencial de los Estados Unidos”. (Jonathan Brent, Vladimir Naumov, *Stalin's Last Crime. The Plot Against the Jewish Doctors. 1948-1953*. p.171. Perennial. Nueva York. 2004).

Frustrado por su fracaso en la obtención de las confesiones que necesitaba dio instrucciones a Ignatiev y Ryumin:

“¡Golpeadles! Golpeadles con golpes mortales. ¿Qué sois? Trabajais como camareros de guantes blancos. Si queréis ser chequistas, quitáros los guantes”. (Ibid.)

En julio de 1952 Stalin ordenó una investigación sobre la corrupción y la mala gestión del MGB, provocando la expulsión de gran parte del personal dirigente, la mayoría eran judíos. Stalin ordenó el arresto de todos los coroneles y generales judíos del MGB, un total de 50 oficiales y generales veteranos fueron puestos bajo arresto (p. 102). En 1952 Stalin dio a Ignatiev de modo terminante su opinión de los oficiales del MGB:

“Los chequistas no pueden ver nada más allá de sus narices [...] están degenerando en papanatas, y [...] no quieren cumplir las directrices del Comité Central”. (Ibid., p. 134).

La razón del Complot contra los Médicos era que Stalin estaba preparando una nueva edición de los juicios de Moscú. Planeaba liquidar a todos aquellos que habían sido sus colegas más cercanos, como Vyacheslav Molotov. Shamir cita el hecho de que la esposa de Molotov, Polina Molotov (P.S. Zhemchuzhina) fuera judía. Dónde estaba el antisemitismo, pregunta, y no espera una respuesta. Olvida mencionar que Stalin obligó a Molotov a separarse de su esposa judía y

que ella fue exiliada en 1949 por un voto directo del Politburó, Molotov se abstuvo.

La esposa de Molotov fue acusada de traición cuando se desató la campaña contra los “cosmopolitas desarraigados”. Según Roy Medvedev: “El día del funeral de Stalin, 9 de marzo, también era el cumpleaños de Molotov. Cuando abandonaban el mausoleo, Kruschev y Malenkov querían felicitarle, a pesar de la ocasión, y le preguntaron qué quería como regalo. ‘Devolvedme a Polina’, respondió fríamente, y se marchó. Dos años más tarde, Mikunis se topó con Molotov en el privilegiado hospital del Kremlin en Kuntsevo [donde Stalin tenía una de sus dachas]. ‘Me acerqué a él y le pregunté, ‘¿Cómo podía un miembro del Politburó permitir el arresto de su esposa?’ Me miró fríamente y me preguntó quién creía que era yo. Le respondí, ‘Soy el secretario general del Partido Comunista Israelí y por eso le estoy preguntando’”. (Citado por Roy Medvedev. *All Stalin's Men*. Nueva York. 1985. pp. 98-99 y 102-3).

Estos eran los años de la masiva campaña de prensa contra los “*cosmopolitas desarraigados*” que era una forma que apenas encubría el nombre en clave para los judíos. Entre 1948 y 1952 miles de intelectuales, científicos, dirigentes políticos, personal de seguridad del estado y otros profesionales judíos fueron arrestados, interrogados, encarcelados o despedidos de sus funciones.

En la noche del 12 de agosto de 1952, veinticuatro figuras destacadas de la cultura de la Unión Soviética fueron rodeadas por el MGB y muertas a tiros en los sótanos de la prisión de Lubyanka. Esa misma noche, 217 escritores y poetas yiddish, 108 actores, 87 pintores y escultores, y 19 músicos, desaparecieron. La mayoría fueron enviados a campos de concentración del Gulag en Siberia como trabajadores esclavos. Era el equivalente a una condena a muerte y muchos no regresaron. Entre los veinticuatro asesinados estaba Peter Markish, considerado el mejor escritor de yiddish.

También asesinaron al poeta Itzhik Feffer, un amigo de Lazar Kaganovich, y al escritor David Bergelson, que era amigo de Polina Molotov. El 28 de febrero de 1953 hubo deportaciones a Siberia de un gran número de judíos de Moscú. Se hicieron planes para iniciar la deportación en masa de otras zonas de la Unión Soviética. ¡Y todavía Israel Shamir no puede ver evidencias del antisemitismo de Stalin!

Stalin e Israel

Resulta muy sorprendente que Shamir no cite otra prueba contundente que “demuestra” el amor de Stalin por los judíos: *su apoyo a la creación del estado de Israel*. Presumiblemente no quiere mencionar este pequeño detalle porque alguien podría llegar a la conclusión de que Stalin, y no Alan Woods, era el verdadero nacionalista judío. Pero como nuestro amigo de Jaffa por una vez parece haber perdido la lengua, le refrescaremos la memoria.

En 1947 Andrei Gromiko [embajador de la URSS a la ONU] apoyó entusiastamente la formación del estado judío en la ONU. Incluso los sionistas estaban asombrados por este apoyo pródigo a su causa. En el debate de la ONU Gromiko declaraba: “El pueblo judío ha estado estrechamente vinculado con Palestina durante un período considerable de la historia... Como resultado de la guerra, los judíos como pueblo han sufrido más que cualquier otro pueblo. El número total de la población judía que ha perecido a manos de los ejecutores nazis se calcula aproximadamente en seis millones. El pueblo judío por lo tanto

estaba luchando por crear un estado propio y sería injusto negarle ese derecho”.

En todo el discurso del diplomático soviético en ningún momento menciona el pequeño detalle *de que la tierra de Israel estaba ocupada por millones de árabes*. La aprobación de Moscú en el Consejo de Seguridad de la ONU fue crítica para la partición que hizo la ONU de Palestina y que llevó a la fundación de Israel. Esto no tenía nada que ver con la preocupación por los judíos o los árabes, sino que simplemente era una maniobra típica de la política de las grandes potencias. En aquella época los estados árabes estaban bajo el control del imperialismo francés y británico. La Guerra Fría estaba en su punto álgido y Stalin quería poner un pie firme en Oriente Medio a expensas de las potencias occidentales. Israel simplemente era un peón de este juego.

La política de Stalin fue un desastre para los partidos comunistas de Oriente Medio. En Damasco la multitud saqueó los locales del Partido Comunista después de que Gromiko pronunciara su discurso en las Naciones Unidas a favor de la partición de Palestina. El Partido Comunista de Palestina tenía militantes tanto árabes como judíos y siempre había apoyado la posición de un estado para los dos pueblos. Pero como estaba vinculado a la Unión Soviética también sufrió una gran pérdida de apoyo. Tradicionalmente había tenido estrechos contactos con los partidos y movimientos comunistas de los países árabes vecinos, como Palestina, Egipto y Líbano, pero todos se rompieron.

La creación de un estado judío en Palestina fue un acto completamente reaccionario, porque el territorio ya estaba ocupado por los árabes palestinos. Trotsky dijo que esto sería una trampa cruel para el pueblo judío. La historia ha demostrado que tenía razón. El hecho de que Stalin apoyase la creación de Israel en 1947 no significa que fuera un pro-judío, sino *sólo que había puesto los estrechos intereses nacionales de la burocracia de Moscú por encima de los intereses de los judíos, árabes o la clase obrera mundial*.

Shamir sobre Rusia

Shamir está en total desacuerdo con mi crítica a Ziugánov por su “caracterización de Rusia hoy como una colonia oprimida por los capitalistas extranjeros” puesto que “este análisis deja la puerta abierta a una política de colaboración con la ‘burguesía nacional progresista’ (rusa) frente a los malos capitalistas extranjeros”. Incluso intenta darme una lección sobre esta cuestión:

“Compañero Woods: los capitalistas occidentales son ciertamente malos para la salud de los rusos y de otras naciones que no son del Primer Mundo. Y los verdaderos comunistas ¿los que usted llama estalinistas? estuvieron por la colaboración con la burguesía nacional no-compradora contra el imperialismo occidental”.

¡Aquí por lo menos hemos llegado al punto central de la cuestión! *Shamir no se opone al capitalismo en Rusia*. Sólo se opone *a los capitalistas occidentales*, no a los rusos. Además, considera que la tarea de los comunistas rusos no es luchar contra el capitalismo, sino apoyar a la *“burguesía nacional no-compradora frente al imperialismo occidental*.

El desmantelamiento de la economía nacionalizada planificada en la URSS fue una catástrofe para la clase obrera. Ha llevado a un colapso sin precedentes de las fuerzas productivas y de la cultura, un declive profundo de los niveles de

vida, la sanidad y la miseria para millones de personas. Pero para Shamir (y Ziugánov) el problema no es la ausencia de una economía nacionalizada planificada sino sólo el hecho de que estén implicados los capitalistas *extranjeros*.

El abandono del marxismo leninismo aquí ha quedado al descubierto con toda su crudeza. Lo que tenemos aquí es precisamente todo aquello contra lo que advertí en mi último artículo. Al presentar a Rusia como un país “semicolonial”, los ex-comunistas encuentran la excusa para entrar en coalición con la burguesía rusa contra los intereses de la clase obrera rusa. Esto es lo que está socavando al PCFR y está desprestigiando la idea del comunismo en Rusia.

En primer lugar, ¿quiénes son esto llamados “*burgueses nacionales no-compradores*” de los que Shamir habla con tanto cariño? Todo el mundo en Rusia sabe que son un hatajo de ladrones que están luchando entre sí para ver quién consigue la parte del león de la propiedad que han saqueado a la población en la llamada privatización (es decir, el saqueo de la propiedad estatal). Francamente, es un escándalo que alguien que se llama a sí mismo comunista apoye de alguna forma esta actividad contrarrevolucionaria.

No se trata en absoluto de elegir entre ninguno de estos gángsteres. No obstante, en las pasadas elecciones ¡el PCFR tenía en sus listas más empresarios que cualquier otro partido! He aquí la razón por la que tuvieron un resultado tan malo. Los trabajadores correctamente se sentían asqueados del espectáculo de un partido que se llama comunista y se comporta de esa manera. A pesar de esto, nuestro amigo en Jaffa defiende a los dirigentes del PCFR frente a las críticas de Alan Woods. Les aconseja que continúen por ese camino que llevará al partido de un desastre a otro. Con amigos como este realmente ¡quién necesita enemigos!

Los comunistas de Rusia no son niños pequeños que no puedan comprender las cuestiones sencillas. Y la cuestión más simple de todas es esta: *que los comunistas deben defender los intereses de los trabajadores contra los capitalistas*. ¡La colaboración de clase no es la política de los comunistas! El PCFR, si se quiere recuperar y jugar el papel que debería, tiene que romper decididamente con la burguesía, luchar contra el capitalismo y volver al programa y política revolucionarios de Lenin.

La revolución cubana y el internacionalismo

Con el propósito de hacerse popular en Cuba, Shamir también menciona de pasada que en la revolución cubana Castro “*unió a los cubanos contra los yanquis*”. Pero espere un momento Sr. Shamir, ¡no corra tanto! ¿Ha olvidado el pequeño detalle de que Fidel Castro nacionalizó la economía y expropió no sólo a los capitalistas extranjeros sino también a los cubanos? ¿No comprende que si no hubiera actuado de esta forma la revolución cubana nunca habría tenido éxito?

Como en cualquier otra cuestión, Shamir distorsiona y falsifica la historia de la revolución cubana para que entre dentro del esquema estalinista. ¡Pero para su desgracia, ésta no encaja! Como hemos visto, quienes estaban a favor de la colaboración de clases (“unidad de todos los cubanos”) *no eran Fidel Castro y sus seguidores, sino el estalinista Blas Roca y su pandilla*. Castro no “unió a todos los cubanos” sino a las masas revolucionarias ¿los trabajadores, campesinos e intelectualidad revolucionaria?, que apoyaban la expropiación

revolucionaria de los banqueros, terratenientes y capitalistas cubanos, junto con sus amos imperialistas.

¿Qué representa esto de “unir a todos los cubanos”? La revolución cubana no triunfó bajo la bandera reaccionaria y antimarxista de la colaboración de clases y el filisteísmo nacional ¿la bandera de Blas Roca y los estalinistas?. La revolución rompió radicalmente con el imperialismo norteamericano y, por lo tanto, también con ese sector de la sociedad cubana que estaba orgánicamente unida al imperialismo estadounidense. *Esto no es la llamada “unidad de todos los cubanos”. A eso se le llama lucha de clases revolucionaria. Sobre esta base la revolución triunfó. Pero si Fidel Castro hubiera seguido la política de Blas Roca e Israel Shamir todo se habría destruido.*

Esta política revolucionaria provocó las iras del imperialismo norteamericano en Cuba y llevó a la intervención de Bahía de Cochinos. Los trabajadores, campesinos y sectores progresistas de la intelectualidad unieron fuerzas en la defensa de la revolución. Pero los elementos burgueses y sus parásitos dependientes se unieron contra Castro ¿en Miami? donde permanecen hasta el día de hoy.

El patriotismo de las masas cubanas es inseparable de su devoción a la revolución y orgullo ante sus conquistas. La lucha contra el imperialismo estadounidense ha sido naturalmente una cuestión central para la revolución cubana desde los días del gran revolucionario cubano José Martí e incluso antes. Pero la lucha contra el imperialismo norteamericano no se ganó entregando la dirección de la revolución a la llamada burguesía “nacionalista no-compradora”. Esta fue la bancarrota política de los estalinistas cubanos, como hemos podido ver.

El internacionalismo de Che Guevara

La revolución cubana desde el principio estuvo inspirada en el internacionalismo proletario. Este estaba personificado por Che Guevara, ese excepcional líder de la revolución cubana. El Che nació en Argentina y luchó en primera línea de frente de la revolución cubana. Pero en realidad era un verdadero internacionalista y un ciudadano del mundo. Al igual que Bolívar tenía la perspectiva de una revolución latinoamericana.

Después de su trágica muerte hubo muchos intentos de convertir al Che Guevara en un icono inocuo, una cara para una camiseta. Es presentado por la burguesía como un romántico bienintencionado, un idealista utópico. ¡Esto es indigno para la memoria de un gran revolucionario! Che Guevara no fue un soñador sin esperanza sino un revolucionario realista. No fue casualidad que el Che intentara extender la revolución a otros países, no sólo de América Latina, sino también de África. Entendía muy bien que, en última instancia, el futuro de la revolución cubana estaba determinado por esto.

Desde el principio, el destino de la revolución cubana ha estado ligado a los acontecimientos a escala mundial. ¿Cómo podría ser de otra forma cuando una revolución está desde su nacimiento amenazada por el estado imperialista más poderoso sobre el planeta? La revolución cubana ¿como la revolución rusa? tuvo un tremendo impacto internacional, especialmente en América Latina y el Caribe. Eso sigue siendo el caso hoy en día. El Che intentó encender la chispa que prendería fuego a todo el continente. Quizá cometió un error en cómo propagarla, pero nadie puede cuestionar la corrección de sus intenciones y su

idea fundamental: que la única forma de salvar a la revolución cubana era extendiéndola por América Latina.

Desgraciadamente, de la experiencia cubana se sacaron algunas conclusiones equivocadas. El intento de exportar el modelo de guerra de guerrillas y los “focos” llevó a una derrota terrible tras otra. Hubo varias razones para esto. En primer lugar, la insurgencia cubana había cogido por sorpresa al imperialismo estadounidense. Pero pronto aprendieron las lecciones y cada vez que aparecía un “foco”, lo aplastaban inmediatamente antes de que pudiera extenderse.

Un hecho más importante fue que la mayoría de la población de América Latina ya vivía en las ciudades. La guerra de guerrillas es un método de lucha típico del campesinado. Por lo tanto, aunque puede jugar un papel importante como auxiliar, no puede jugar el papel principal. Ese papel está reservado para la clase obrera en las ciudades. Y las tácticas por consiguiente deben ser las adecuadas.

Esto se puede ver en la experiencia de Venezuela donde el intento de organizar una guerra de guerrillas fue un completo fracaso. La revolución venezolana se está desarrollando esencialmente como una revolución urbana, basada en las masas de las ciudades y apoyadas por el campesinado. El movimiento bolivariano de Hugo Chávez ha utilizado la lucha parlamentaria de una forma muy efectiva para movilizar a las masas. Pero ha sido el movimiento de las masas lo que ha derrotado en tres ocasiones a la contrarrevolución.

El destino de la revolución cubana está ahora orgánicamente vinculado a la revolución venezolana. La una depende de la otra. Si la revolución venezolana es derrotada, la revolución cubana estará en un gran peligro. Hay que hacer todo lo posible para impedirlo. Pero debemos aprender de la historia. La revolución venezolana ha conseguido milagros, pero todavía no está terminada.

Como la revolución cubana, la revolución venezolana ha comenzado como una revolución democrática nacional. El programa defendido por Hugo Chávez es el programa de la democracia burguesa avanzada. Sobra decir que la clase obrera debe luchar enérgicamente por cada reivindicación democrática que retenga su fuerza. Pero la experiencia ha demostrado ya que la oligarquía y el imperialismo son enemigos mortales de la democracia. Ellos harán todo lo posible para destruir la revolución.

¿Por qué el imperialismo estadounidense está tan decidido a destruir las revoluciones cubana y venezolana? Es por el efecto que están teniendo en todo el continente. Los imperialistas están aterrorizados porque Cuba y Venezuela se conviertan en un punto de atracción. Por esa razón están decididos a liquidarlas.

La idea del Che era iniciar veinte Vietnam en América Latina. Esa no era una mala idea, pero no era posible en aquella época, en parte porque las condiciones no estaban lo suficientemente maduras, pero principalmente debido al modelo equivocado de la guerra de guerrillas que se seguía. Pero ahora las cosas son diferentes. La crisis del capitalismo ha tenido unos efectos devastadores en América Latina, y esto ha tenido consecuencias revolucionarias.

Las condiciones para la revolución están madurando en todas partes. En realidad, en el momento actual, no hay un solo régimen capitalista estable

desde Tierra del Fuego hasta Río Grande. Con una dirección correcta no hay razón para que no triunfe una revolución proletaria en uno o varios países latinoamericanos en el próximo período. *Lo que hace falta no es el nacionalismo y los bloques con la burguesía reaccionaria, sino un programa socialista revolucionario y el internacionalismo proletario revolucionario.*

A propósito, la consigna “¡Patria o muerte!”, lejos de ser un anatema para mí, *en este caso* es perfectamente aceptable. Una vez se había llevado a cabo la revolución, una vez que los terratenientes y los capitalistas habían sido expropiados, era necesario (y aún lo es) defender la revolución cubana con todos los medios a su disposición contra la política agresiva del imperialismo norteamericano y los complots de los contrarrevolucionarios internos.

El contenido objetivo de la consigna “¡patria o muerte!” es por lo tanto *la defensa de la revolución*. Así es como lo entienden las masas cubanas. Y así es como nosotros lo entendemos. Y como consideramos que el deber de todos los marxistas es la defensa incondicional de la revolución cubana contra la agresión imperialista y la contrarrevolución interna, esta consigna no representa para mí más problema que la consigna: “¡Defensa de la república soviética!”

Nuestra actitud hacia esta consigna no está determinada por el nacionalismo sino por consideraciones revolucionarias. La defensa de Cuba significa la defensa de las conquistas de la revolución cubana. Pero si el capitalismo fuera restaurado en Cuba ¿algo a lo que nos oponemos completamente? ¿acaso sería correcto continuar con la misma consigna y apoyar a un sector particular de los contrarrevolucionarios capitalistas, ayudándoles a saquear la propiedad estatal basándose en que son “*buenos capitalistas cubanos?*” La pregunta se contesta a sí misma.

Falsos amigos

Israel Shamir se presenta como un amigo de Cuba. Antes que él, muchos como él se presentaron como “amigos de la Unión Soviética”. Cantaban alabanzas a la URSS de una manera totalmente acrítica. Negaban que hubiera problemas en el “paraíso socialista”, hasta que colapsó. Por lo tanto en parte deben ser considerados responsables de la catástrofe.

La “lealtad” de Shamir es completamente inútil. Es como la del marinero “leal” del Titanic que a la gente que decía que había un iceberg le recomendaba que se callara y regresara a sus camarotes. ¡Todo era perfecto! El pueblo de Cuba no se compone de tontos que creen en cuentos de hadas. Y aquellos miembros del Partido Comunista cubano que permanecen leales al comunismo (y hay muchos) no están interesados en ilusiones azucaradas, adulaciones falsas y mentiras. Ellos quieren saber la verdad.

La verdad es que en Cuba, como en la URSS, hay elementos que quieren regresar al capitalismo. No es necesario decir que un regreso al capitalismo en Cuba sería un desastre terrible, no sólo para el pueblo de Cuba, sino para los trabajadores y los pueblos de todo el mundo. ¡Esto hay que impedirlo a toda costa! Pero no se evitará si negamos que la amenaza existe. Además, los elementos pro-capitalistas más peligrosos están dentro de los estratos superiores de la sociedad cubana, del estado e, incluso, del partido.

Para su mayor crédito, Fidel Castro se ha opuesto implacablemente a un regreso al capitalismo. Rechaza firmemente la privatización de los medios de producción y el desmantelamiento de la economía planificada. Ha resistido valerosamente la presión y las bravuconerías del imperialismo. Esta posición merece todo el apoyo. Pero en sí misma no es suficiente para salvar a la revolución cubana.

¿Qué ocurrirá cuando Fidel finalmente desaparezca de la escena? Sabemos que hay sectores que están esperando en los márgenes, dispuestos a pasarse al programa capitalista y apoderarse de los bienes privatizados como hicieron en Rusia. Y como en Rusia, un gran número de estos elementos se autodenomina “comunista”. Tienen posiciones privilegiadas y las utilizarán cuando llegue el momento para saquear la propiedad del estado y convertirse en capitalistas privados.

La única esperanza es confiar en los trabajadores y campesinos cubanos y los sectores revolucionarios de la juventud que no tienen interés en regresar al capitalismo. En última instancia, sin embargo, la única garantía real para la revolución cubana es la extensión de la revolución socialista a través de toda América Latina.

La necesidad más apremiante es fortalecer la vanguardia proletaria y reforzar ese sector que quiere luchar para defender la economía nacionalizada planificada y que permanece leal a las ideas del marxismo leninismo. Es necesario iniciar una discusión seria sobre las perspectivas para las revoluciones cubana y venezolana, y para el movimiento marxista a escala mundial. Esa discusión estaría incompleta sin la participación de los trotskistas, que son los más firmes defensores de las revoluciones cubana y venezolana.

Una burda caricatura

Llegado a este punto, nuestro amigo en Jaffa comienza a echar espuma por la boca. Se le han acabado los argumentos y recurre a los rudos improperios. Su obsesión con los trotskistas crea un cuadro oscuro que será suficiente para provocar un hormigueo por las espinas dorsales del puñado de viejas *babushki* que aún desfilan arriba y abajo de la Plaza Roja llevando retratos de Stalin:

“La saga de Woods es un recuerdo oportuno del lamentable estado del trotskismo occidental de nuestros días. Los trotskistas occidentales se mantienen a distancia de sus otros compañeros; sabotean la revolución local en nombre de la ‘revolución mundial’; son antipatrióticos, antinacionalistas, incapaces de atraer a las masas, relacionados a menudo con círculos nacionalistas judíos. Sus consignas apuntan exclusivamente a las minorías; piensan en gays e inmigrantes, en judíos y padres únicos; pero la mayoría de la gente no les interesa. Esta atracción explícita y obsesiva hacia las minorías es una tendencia no-comunista, incluso anticomunista. El comunismo está a favor de la mayoría contra la minoría; por el desposeimiento de la minoría en nombre de la mayoría”.

Supongo, en cierta forma, que esto representa un avance. En el pasado, gente como Shamir describían a los trotskistas como agentes de Hitler y la Gestapo. Hoy en día esto es bastante difícil, especialmente cuando las investigaciones en los Juicios de Nuremberg han permitido acceder a los archivos de la Gestapo, donde no se ha encontrado ningún rastro de contactos con Trotsky y sus

seguidores, pero sí muchos contactos con la GPU de Stalin, al menos antes del verano de 1941.

Así, nuestro amigo tiene que conformarse con calumnias menores. Parece que, aparte de ser todos nacionalistas judíos, nos adaptamos exclusivamente a las minorías, y sólo pensamos en gays e inmigrantes, judíos y padres únicos. Si las implicaciones de todo esto no fueran tan serias resultaría cómico. Si el compañero Shamir echara un vistazo a *Marxist.com* tendría muchas dificultades para encontrar algo que se parezca remotamente a esta descripción. Naturalmente, no se ha molestado en mirar, así que no tiene la más mínima idea de lo que está hablando.

En realidad, la tendencia a la que yo tengo el honor de pertenecer está basada en el movimiento obrero. Luchamos por el socialismo nacional e internacionalmente. Como no somos racistas, y sí internacionalistas, no tenemos más conexiones con los judíos que las tenemos con los católicos romanos, protestantes o los defensores de la Tierra plana, y probablemente menos. En cualquier caso, a diferencia de Israel Shamir, no consideramos a las personas desde un punto de vista racial, religioso o lingüístico, sino exclusivamente desde un punto de vista de clase.

No tenemos la postura de defensa de la política de grupos minoritarios que nos atribuye Shamir, y nunca la hemos tenido. Hemos realizado una lucha implacable contra las tendencias burguesas y pequeño burgueses como el feminismo. Pero cuando Israel Shamir dice: “El comunismo está a favor de la mayoría contra la minoría; por el desposeimiento de la minoría en nombre de la mayoría”, debemos decir que esto es sólo una *burda caricatura*. Además dice lo siguiente: “La preocupación por las minorías es, por lo tanto, un signo de anticomunismo. Los trotskistas, por cierto, suministran a los imperialistas apoyo desde la izquierda”.

Los comunistas luchamos por los intereses de la clase obrera, que en la gran parte de los países hoy es la mayoría decisiva de la sociedad. Pero los comunistas también entendemos *la necesidad de luchar para defender a todas las minorías oprimidas*. Si ese no fuera el caso, los bolcheviques no habrían defendido a los judíos rusos ¿como hicieron? con las armas en la mano, contra los pogromos organizados por las Centurias Negras, los chovinistas gran rusos, que pretendían hablar en nombre de la mayoría. Esta distorsión burda (y absolutamente típica) de Shamir es un absoluto escándalo, que no tiene nada que ver con el leninismo.

Durante la guerra civil rusa, los Blancos acusaron a los bolcheviques de ser “una banda de merodeadores judíos”. La misma acusación la hizo más tarde Hitler y su maquinaria propagandística, y ahora lo repiten a menudo los fascistas en Rusia y otros países. Francamente es un escándalo que alguien que pretende estar cerca del movimiento comunista lo repita. Pero Israel Shamir hace justo eso. ¿No resulta esto sencillamente repugnante?

Sí, estamos incondicionalmente al lado de cualquier minoría oprimida. La diferencia entre los comunistas y las tendencias liberales pequeño burguesas es que nosotros luchamos con los métodos del proletariado, no mezclamos nuestras banderas con ningún sector de la burguesía o pequeña burguesía, y explicamos a los oprimidos que la única solución real a sus problemas reside en la transformación socialista de la sociedad.

En uno de los primeros discursos de Lenin después de la revolución celebra la “emancipación de los judíos” del zarismo. Lenin pronunció deliberadamente un discurso contra las “calumnias pogromistas a los judíos” sobre un gramófono después de la Revolución de Octubre. Pero Israel Shamir es precisamente culpable de esto. Su diatriba contra los trotskistas está manchada con una calumnia racista. *Es un caso claro de “calumnia pogromista” siguiendo las mejores tradiciones, no de Lenin y los bolcheviques, sino del más repugnante chovinismo de las Centurias Negras rusas.*

Defendemos una política leninista de independencia de clase y revolución. Shamir defiende *la unidad nacional*, la unidad de la clase obrera y la burguesía, *no sólo con la llamada burguesía progresista, a la que Lenin particularmente detestaba, sino con las reaccionarias Centurias Negras contra las que los bolcheviques lucharon hasta la muerte.* Esto representa un total abandono de la política de clase revolucionaria y su sustitución por la colaboración de clases, es decir, una renuncia completa del marxismo-leninismo y la liquidación total del movimiento comunista por todas partes.

El trotskismo y el futuro del movimiento comunista

Nuestro crítico dice que el movimiento trotskista en occidente está en un “estado lamentable”, aunque claramente tampoco tiene conocimiento sobre esta cuestión. Pero como dice la *Biblia*: “No miréis la paja en el ojo ajeno, sino mirad primero la viga en vuestro ojo”. Una imagen más lamentable que la que hemos visto en los escritos de Israel Shamir es imposible de imaginar. Es la imagen del estalinismo descarado en las últimas etapas de su decadencia senil. En las palabras de nuestro gran poeta nacional británico, William Shakespeare (del que estoy inmensamente orgulloso), es “sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin todo”.

Shamir dice que no podemos influir en las masas. Pero los estalinistas en Gran Bretaña hace mucho tiempo que perdieron toda la influencia que tuvieron alguna vez y han colapsado. ¡El Partido Comunista decidió disolverse! En todos los demás países hemos visto una serie de crisis, escisiones y declive. En el propio país de Shamir el PC es una sombra de sí mismo y está al borde de la escisión. En Austria ocurre la misma historia. Y en Rusia el PCFR está en una crisis profunda después de su derrota en las urnas.

“Woods habla con desdén de un Partido Comunista ruso de quinientos mil miembros; dudo que su organización tenga quinientos”, gruñe Shamir.

Cuando Trotsky criticaba las abominaciones de Stalin y la burocracia, esto era presentado como un ataque a la Unión Soviética. Eso era una mentira. Trotsky siempre apoyó la defensa incondicional de la URSS frente al imperialismo y el capitalismo. Fue la burocracia y la dirección estalinista del PCUS las que socavaron la economía planificada y destruyeron la Unión Soviética.

Gente como Shamir siempre defenderá a la burocracia estalinista de la URSS frente a las críticas de los trotskistas. Por lo tanto, debe aceptar la responsabilidad de lo que ha ocurrido en la Unión Soviética. Ahora no quiere hablar del pasado (¡que descanse en paz!) pero ha transferido sus afectos al PCFR o, más correctamente, a su dirección. Pero la burocracia estalinista no era lo mismo que la URSS, de la misma forma que el PCFR de ninguna manera es la misma cosa que su actual dirección.

Voy a dejar clara nuestra posición: nosotros, en absoluto, queremos menospreciar a todos los militantes del PCFR. Estoy convencido de que en las filas de este partido y sus seguidores hay muchos comunistas honrados y dedicados. Pero la dirección de este partido ha abandonado la línea leninista y consiguientemente ha llevado al partido a una derrota tras otra. La forma de rearmar el partido es regresando a las ideas, programa y política de Lenin. El primer requisito previo de esto es una ruptura radical con el estalinismo y con aquellos que lo defendieron.

Para nosotros no es motivo de satisfacción que las fuerzas de la izquierda se hayan debilitado tan dramáticamente. Pero debemos admitir honestamente que esta situación es el resultado de décadas de políticas incorrectas que han socavado el movimiento comunista. También hay que decir que el origen y la fuente de estas políticas equivocadas no son otra cosa que el estalinismo y la influencia de la burocracia moscovita que desprestigiaron al comunismo ante los ojos de las masas. Para revertir el declive es necesaria una reevaluación fundamental.

En cuanto a las fuerzas del genuino marxismo ("trotskismo") tenemos muchas razones para mirar el futuro con confianza. En realidad, incluso nuestro amigo en Jaffa tiene confianza en nosotros, de otra forma sería difícil entender por qué Israel Shamir malgasta su precioso tiempo en atacarnos. ¿No es cierto que un movimiento que está en un estado lamentable debería dejarse marchitar por sí solo?

No. Parece que estamos teniendo algún éxito y que los estalinistas (los pocos que todavía quedan) están preocupados por nuestro éxito. Con el colapso del estalinismo, las ideas del trotskismo están atrayendo cada vez más interés a escala mundial. El hecho de que la compañera Celia Hart haya defendido abiertamente el trotskismo no es casualidad. No es tampoco un caso aislado. Demuestra la tendencia natural para aquellos que tienen los intereses del comunismo en el corazón y desean descubrir la verdad.

Acabo de recibir una copia de un artículo muy interesante desde La Habana, escrito por Ariel Dacal Díaz, el editor jefe del periódico *La Editorial Ciencias Sociales* de Cuba. El tema del artículo es la causa de la degeneración burocrática de la revolución rusa. Entre otras cosas el autor escribe:

"Stalin fue el rostro visible y representante de la burocracia que gradualmente rompió vínculos con la esencia bolchevique y que deshizo los endebles mecanismos de participación política de las masas".

El autor continúa:

"La burocracia soviética se formó a partir de un proceso complejo, fuera de los modos históricamente conocidos. Luego se hizo del poder, dominó el conocimiento y su divulgación, controló los medios de producción de ideas, garantizando por décadas su reproducción. El proceso de burocratización tuvo sus orígenes desde el inicio mismo de la Revolución, pero su consagración como sector dominante en la sociedad tuvo lugar en la década del 30.

Lenin explicó el surgimiento de la burocracia como una excrescencia parasitaria y capitalista en el organismo del Estado obrero, nacida del aislamiento de la Revolución en un país campesino, atrasado y analfabeto. Sobre este nuevo grupo de dirigentes, tenía sus propias ideas, sus sentimientos y sus intereses,

Trotsky destacó que *‘estos hombres no hubieran sido capaces de hacer la revolución, pero han sido los mejores adaptados para explotarla’*. (El subrayado en el original).

Estas líneas son absolutamente correctas. Demuestran que los sectores más pensantes de la sociedad cubana están estudiando cuidadosamente las lecciones de la caída de la URSS y están buscando respuestas a sus preguntas. Observo con agrado que entre las fuentes citadas por el autor está el libro que escribí junto a Ted Grant en 1969: *Lenin y Trotsky qué defendieron realmente*.

Los días en que los debates eran decididos por la GPU con un piolet, los días de los archivos cerrados y prohibidos hace mucho que se fueron. Sólo los reaccionarios empedernidos como Shamir lo lamentarán. Ahora es el momento de que los verdaderos comunistas en todas partes participen en una discusión honesta y abierta sobre el pasado, el presente y, sobre todo, el futuro del comunismo.

El debate libre para el movimiento comunista es como el oxígeno para el cuerpo humano. Sin él no hay vida. Durante demasiado tiempo el debate estuvo sofocado y la crítica prohibida. Es la hora de escuchar lo que otra gente tiene que decir. Si tienes opiniones que deseas discutir, por favor discutámoslas. Simplemente, no recurramos a falsificaciones y calumnias. Discutamos juntos como comunistas, ¡siguiendo la escuela de Lenin! ¿Qué tenemos que perder?

Lo que hace falta es un debate honesto y democrático que implique a todas las partes de la opinión comunista, incluido el trotskismo. La verdadera tradición del Partido Bolchevique era la tradición del debate democrático. Esa es la tradición que debe recuperarse. Esa es la única forma en que el movimiento puede fortalecerse y su futuro estar garantizado.

Londres, 20 de octubre de 2004

. Woods no está de acuerdo con la opinión de Ziugánov y dice que éste opina que ‘Rusia se ha convertido en una colonia de los capitalistas extranjeros’ y que ‘este análisis deja la puerta abierta a una política de colaboración con la ‘burguesía (rusa) nacional progresista’ contra los malos capitalistas extranjeros’

Abundando en la polémica sobre Stalin y Trotsky

Sobre antiparadigmas paradigmados (I)

Oscar Egido 19-09-2004

Rebelión

El pasado 28 de junio el señor Eduardo Núñez publicó en Rebelión un artículo (<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=1186>) respondiendo a otro que yo había enviado anteriormente (<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=721>).

Acusaba a quienes criticamos a Stalin de estar sometidos al **paradigma totalitario** (“modelo orwelliano”) creado por una curiosa alianza burguesa-nazi-trotskista con el único objetivo de desprestigiar al socialismo y nos prometía un análisis científico, objetivo y dentro del contexto histórico. Para ello nos ofrecía una recopilación de los argumentos habituales en la literatura estalinista, junto a algunas curiosas aportaciones personales.

Una clásica técnica de los autores estalinistas en sus ataques a Trotsky y su defensa del régimen “comunista” de Stalin es la de la **amalgama**:

Dado que Trotsky se oponía al régimen estalinista, se le equipara con los fanáticos anticomunistas de derechas, sin tener en cuenta las diferencias, tanto de enfoque como de argumentos, entre ellos. Así se crea un inexistente Trotsky aliado de la derecha al que derribar fácilmente.

Así pues, no es el objeto de este artículo defender a los Hearst, Conquest y compañía, ni siquiera a Orwell. Como diría Pascual Serrano, “ellos ya tienen la CNN”. En todo caso, valgan las palabras de Trotsky:

“La estupidez y la falta de honradez de los adversarios no pueden justificar nuestra propia ceguera (...)El último argumento de los "amigos" es que los reaccionarios asirán con dos manos cualquier crítica al régimen soviético. Esto es innegable y tratarán además de aprovechar esta obra. ¿Alguna vez sucedió de otro modo? El Manifiesto Comunista recordaba desdeñosamente que la reacción feudal trató de explotar la crítica socialista contra el liberalismo. Sin embargo, el socialismo revolucionario siguió su camino”.

Para el señor Núñez, el paradigma dominante sobre Stalin se basa en tres dogmas esenciales que se esfuerza en desmontar:

-Deísmo apologético: Stalin sería un ser omnímodo y omnipotente, único responsable de los crímenes de su régimen, que se autoproclamó secretario general en 1924, usurpando un teórico derecho a la sucesión de Lenin por parte de Trotsky.

-Perpetración en el poder: según el señor Núñez, los críticos del estalinismo lo explican mediante el “recurso al terror en forma sistemática y masiva”

-Eliminación de la “vieja guardia bolchevique”

Es curioso que el señor Núñez nos aporte como bibliografía cuatro obras de Trotsky que después nos demuestra no haber leído, salvo en los resúmenes parciales y frases aisladas de los libros de Ludo Martens y otros propagandistas estalinianos, cuyas citas reproduce.

En concreto, sobre la biografía de Stalin escrita por Trotsky, sólo parece haber leído el primer párrafo, que nos ofrece al completo:

<>“El difunto Leónidas Krassin, viejo revolucionario, eminente ingeniero, brillante diplomático del Soviet, y sobre todo, criatura inteligente, fue quien primero llamó a Stalin "asiático". Al decir esto no pensaba en atributos raciales problemáticos, sino más bien en esa aleación de entereza, sagacidad, astucia y crueldad que se ha considerado característica de los hombres de Estado de Asia.”

<http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1940s/stalin/01.htm>

De aquí deduce nuestro sagaz lector que Trotsky ¡¡¡era racista!!!..... Menos mal que no pensaba en atributos raciales, sino en características de hombres de estado... El “punto de vista marxista” del señor Núñez debería permitirle ver aquí una relación con el modo de producción asiático, estudiado por los clásicos del marxismo, y su correspondiente estructura política, que conduce al tipo de gobierno más adecuado a dicho modo de producción, el despotismo asiático.

En lugar de reflexionar, el señor Núñez, horrorizado, decidió como veremos no continuar leyendo a Trotsky y fiarse de las calumnias estalinistas. Para quitarle el miedo al lector y mostrarle que Trotsky no muerde le acompañaremos por un pequeño paseo histórico.

Si el señor Núñez hubiera continuado la lectura y llegado al capítulo 11 de esta obra [<http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1940s/stalin/11.htm>] habría leído cosas como:

“Cada fase de desarrollo, incluso las catastróficas, como la revolución y la contrarrevolución, es una consecuencia de la fase precedente, en donde está arraigada y a la cual se asemeja. Después de la victoria de octubre, hubo escritores que sostenían que la dictadura del bolchevismo era simplemente una nueva versión del zarismo, negándose, al estilo del avestruz, a reconocer la abolición de la monarquía y de la nobleza, la extirpación del capitalismo y la introducción de la economía planificada, la abolición de la Iglesia estatal, y la educación de las masas en los principios del ateísmo, la abolición del señorío agrario y la distribución de la tierra a los verdaderos cultivadores del suelo. De manera análoga, después, del triunfo de Stalin sobre el bolchevismo, muchos de los mismos escritores (...) cerraron los ojos al hecho cardinal e inflexible de que, a pesar de las medidas de represión utilizadas por imperio de circunstancias especiales, la Revolución de octubre acarrió una subversión de relaciones sociales en los intereses de las masas trabajadoras; mientras que la contrarrevolución estalinista ha iniciado subversiones sociales que continuamente van transformando el orden social soviético en provecho de una minoría privilegiada de burócratas termidóricos. Igualmente insensibles a los hechos elementales son ciertos renegados del comunismo, muchos de ellos satélites de Stalin en otra época, que con las cabezas bien hundidas en la arena de su amarga desilusión, no advierten que, a pesar de semejanzas superficiales la contrarrevolución acaudillada por Stalin se diferencia en ciertos definidos puntos esenciales de las contrarrevoluciones de los caudillos fascistas; no echan de ver que la diferencia tiene su raíz en la disparidad entre la base social de la contrarrevolución de Stalin y la base social de los movimientos reaccionarios dirigidos por Mussolini y Hitler, y que guarda paralelismo con la que existe entre las dictaduras del proletariado, aun desfiguradas por el burocratismo termidórico, y la dictadura de la burguesía, entre un Estado de trabajadores y un Estado capitalista”

Aquí vemos que el análisis de Trotsky establece claramente diferencias entre el régimen de Stalin y el zarismo, el fascismo o el mismo bolchevismo, que son los sistemas en que buscan paralelismos o continuidad histórica los defensores del Paradigma Totalitario. Para el señor Núñez lo importante es colocar cualquier opinión contraria en el mismo saco imperialista para después despacharse a gusto.

Es legítimo para quien piensa que Lenin y Trotsky encabezaron la revolución bolchevique y coincidían en su enfoque político pensar que, a la muerte de Lenin, el más indicado para continuar su obra era quien coincidía con su visión política. Esto no implica ninguna pretensión supuestamente hereditaria, ni siquiera que Trotsky debiese ocupar la dirección del partido. Simplemente se le considera el continuador del pensamiento de Lenin. Por cierto, que los seguidores de Stalin lo consideran también como un gran teórico continuador del leninismo.

Stalin fue elegido secretario general del Partido Comunista en 1922 por el Comité Central, como afirma el señor Núñez. Ahora bien, por más que he buscado no he conseguido encontrar donde Trotsky afirma que Stalin se auto proclamó secretario general. Claramente, cargarle con las falacias de Conquest o Hearst es un ejemplo de la "investigación histórica seria" a que nos tienen acostumbrados los estalinistas.

En La Revolución Traicionada

[www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/rt/index.htm] Trotsky nos explica su versión sobre la consolidación de Stalin en el poder:

Respondiendo a numerosos camaradas que se preguntaban con asombro lo que había pasado con la actividad del partido bolchevique y de la clase obrera, de su iniciativa revolucionaria, de su orgullo plebeyo, y cómo habían surgido, en lugar de estas cualidades, tanta villanía, cobardía, pusilanimidad y arribismo - Rakovski evocaba las peripecias de la Revolución Francesa del siglo XVIII y el ejemplo de Babeuf cuando, al salir de la prisión de la Abadía, se preguntaba también con estupor lo que había pasado con el pueblo heroico de los arrabales de París-. La revolución es una gran devoradora de energías individuales y colectivas: los nervios no la resisten, las conciencias se doblan, los caracteres se gastan. Los acontecimientos marchan con demasiada rapidez para que el aflujo de fuerzas nuevas pueda compensar las pérdidas. El hambre, la desocupación, la pérdida de los cuadros de la revolución, la eliminación de las masas de los puestos dirigentes, habían provocado tal anemia física y moral en los arrabales que se necesitaron más de treinta años para que se rehicieran. La afirmación axiomática de los publicistas soviéticos de que las leyes de las revoluciones burguesas son "inaplicables" a la revolución proletaria, está completamente desprovista de contenido científico. El carácter proletario de la Revolución de Octubre resultó de la situación mundial y de cierta relación de las fuerzas en el interior. Pero las clases mismas que se habían formado en Rusia en el seno de la barbarie zarista y de un capitalismo atrasado, no se habían preparado especialmente para la revolución socialista. Antes al contrario, justamente porque el proletariado ruso, todavía atrasado en muchos aspectos, dio en unos meses el salto sin precedentes en la historia desde una monarquía semifeudal hasta la dictadura socialista, la reacción tenía ineludiblemente que hacer valer sus derechos en las propias filas revolucionarias. La reacción creció durante el curso de las guerras que siguieron; las condiciones exteriores y los acontecimientos la nutrieron sin cesar. Una intervención sucedía a la otra; los países de Occidente no prestaban ayuda directa; y en lugar del bienestar esperado, el país vio que la miseria se instalaba en él por mucho tiempo. Los representantes más notables de la clase obrera habían perecido en la guerra civil o, al elevarse unos grados, se habían separado de las masas. Así sobrevino, después de una tensión prodigiosa de las fuerzas, de las esperanzas, de las ilusiones, un largo periodo de fatiga, de depresión y de desilusión. El reflujo del "orgullo plebeyo" tuvo por consecuencia un aflujo de arribismo y de pusilanimidad. Estas mareas llevaron al poder a una nueva capa de dirigentes. La desmovilización de un Ejército Rojo de cinco millones de hombres debía desempeñar en la formación de la burocracia un papel considerable. Los comandantes victoriosos tomaron los puestos importantes en los soviets locales, en la producción, en las escuelas, y a todas partes llevaron obstinadamente el régimen que les había hecho ganar la guerra civil. Las masas fueron eliminadas poco a poco de la participación efectiva del poder. La reacción en el seno del proletariado hizo nacer grandes esperanzas y gran seguridad en la pequeña burguesía de las ciudades y del campo que, llamada por la NEP a una vida nueva, se hacía cada vez más audaz. La joven burocracia, formada primitivamente con el fin de servir al proletariado, se sintió el árbitro entre las clases, adquirió una autonomía creciente. La situación internacional obraba

poderosamente en el mismo sentido. La burocracia soviética adquiría más seguridad a medida que las derrotas de la clase obrera internacional eran más terribles. Entre estos dos hechos la relación no es solamente cronológica, es causal; y lo es en los dos sentidos: la dirección burocrática del movimiento contribuía a las derrotas; las derrotas afianzaban a la burocracia. La derrota de la insurrección búlgara y la retirada sin gloria de los obreros alemanes en 1923; el fracaso de una tentativa de sublevación en Estonia, en 1924; la pérfida liquidación de la huelga general en Inglaterra y la conducta indigna de los comunistas polacos durante el golpe de fuerza de Pilsudski, en 1926; la espantosa derrota de la Revolución China, en 1927; las derrotas, más graves aún, que siguieron en Alemania y en Austria: son las catástrofes mundiales que han arruinado la confianza de las masas en la revolución mundial y han permitido a la burocracia soviética elevarse cada vez más alta, como un faro que indicase el camino de la salvación. [...] Dos fechas son memorables, sobre todo, en esta serie histórica. En la segunda mitad del año 1923, la atención de los obreros soviéticos se concentró apasionadamente en Alemania, en donde el proletariado parecía tender la mano hacia el poder; la horrorizada retirada del Partido Comunista alemana fue una penosa decepción para las masas obreras de la URSS. La burocracia soviética desencadenó inmediatamente una campaña contra la "revolución permanente" e hizo sufrir a la Oposición de Izquierda su primera cruel derrota. En 1926-27, la población de la URSS tuvo un nuevo aflujo e esperanza; esta vez, todas las miradas se dirigieron a Oriente, en donde se desarrollaba el drama de la Revolución China. La Oposición de Izquierda se rehizo de sus reveses y reclutó nuevos militantes. A fines de 1927, la Revolución China fue torpedeada por el verdugo Chiang Kai-Chek, al que los dirigentes de la Internacional Comunista habían entregado, literalmente, los obreros y campesinos chinos. Una fría corriente de desencanto pasó sobre las masas de la URSS. Después de una campaña frenética en la prensa y en las reuniones, la burocracia decidió, por fin, arrestar en masa a los opositores (1928). Decenas de millares de militantes revolucionarios se habían agrupado bajo la bandera de los bolcheviques-leninistas. Los obreros miraban a la Oposición con una simpatía evidente. Pero era una simpatía pasiva, pues ya no creían poder modificar la situación por medio de la lucha. En cambio, la burocracia afirmaba que "la Oposición se prepara a arrojarnos en una guerra revolucionaria por la revolución internacional. ¡Basta de trastornos! Hemos ganado un descanso. Construiremos en nuestro país la sociedad socialista. Contad con nosotros, que somos vuestros jefes". Esta propaganda del reposo, cimentando el bloque de los funcionarios y de los militares, encontraba indudablemente un eco en los obreros fatigados y, más aún, en las masas campesinas que se preguntaban si la Oposición no estaría realmente dispuesta a sacrificar los intereses de la URSS por la "revolución permanente". Los intereses vitales de la URSS estaban realmente en juego. En diez años, la falsa política de la Internacional Comunista había asegurado la victoria de Hitler en Alemania, es decir, un grave peligro de guerra en el Oeste; una política no menos falsa fortificaba al imperialismo japonés y aumentaba hasta el último grado el peligro en el Oriente. Pero los periodos de reacción se caracterizan, sobre todo, por la falta de valor intelectual. La Oposición se encontró aislada. La burocracia se aprovechaba de la situación. Explotando la confusión y la pasividad de los trabajadores, lanzando a los más atrasados contra los más avanzados, apoyándose siempre y con más audacia en el kulak y, de manera general, en la pequeña burguesía, la burocracia logró triunfar en unos cuantos años sobre la vanguardia revolucionaria del proletariado. Sería ingenuo creer que Stalin, desconocido por las masas, surgió repentinamente de los bastidores armado de un plan estratégico completamente elaborado. No. Antes de que él hubiera previsto su camino, la burocracia lo había adivinado; Stalin le daba todas las garantías deseables: el prestigio del viejo bolchevique, un carácter firme, un espíritu estrecho, una relación indisoluble con las oficinas, única fuente

de su influencia personal. Al principio, Stalin se sorprendió con su propio éxito. Era la aprobación unánime de una nueva capa dirigente que trataba de liberarse de los viejos principios así como del control de las masas, y que necesitaba un árbitro seguro en sus asuntos interiores. Figura de segundo plano ante las masas y ante la revolución, Stalin se reveló como el jefe indiscutido de la burocracia termidoriana, el primero entre los termidorianos. Se vio bien pronto que la nueva capa dirigente tenía sus ideas propias, sus sentimientos y, lo que es más importante, sus intereses. La gran mayoría de los burócratas de la generación actual, durante la Revolución de Octubre estuvieron del otro lado de la barricada (es el caso, para no hablar más que de los diplomáticos soviéticos, de Troianovski, Maiski, Potemkin, Suritz, Jinchuk y otros...) o, en el mejor de los casos, alejados de la lucha. Los burócratas actuales que en los días de Octubre estuvieron con los bolcheviques no desempeñaron, en su mayor parte, ningún papel. En cuanto a los jóvenes burócratas, han sido formados y seleccionados por los viejos, frecuentemente elegidos entre su propia casta. Estos hombres no hubieran sido capaces de hacer la Revolución de Octubre; pero han sido los mejor adaptados para explotarla. Naturalmente que los factores individuales han tenido alguna influencia en esta sucesión de capítulos históricos. Es cierto que la enfermedad y la muerte de Lenin precipitaron su desenlace. Si Lenin hubiera vivido más tiempo, el avance de la potencia burocrática hubiese sido más lento, al menos en los primeros años. Pero ya en 1926, Krupskaja decía a los opositores de izquierda: "Si Lenin viviera, estaría seguramente en la prisión". Las previsiones y los temores de Lenin estaban aún frescos en su memoria y no se hacía ilusiones sobre su poder total respecto a los vientos y a las corrientes contrarias de la historia. La burocracia no sólo ha vencido a la Oposición de Izquierda, ha vencido también al partido bolchevique. Ha vencido al programa de Lenin, que veía el principal peligro en la transformación de los órganos del Estado "de servidores de la sociedad en amos de ella". Ha vencido a todos sus adversarios -la Oposición, el partido de Lenin-, no por medio de argumentos y de ideas, sino aplastándolo bajo su propio peso social. El último vagón fue más pesado que la cabeza de la Revolución. Tal es la explicación del termidor soviético.

He aquí una explicación del triunfo de Stalin basada en las clases sociales. Para un marxista como el señor Núñez no resultara difícil detectar la lucha de contrarios, el análisis dinámico de las contradicciones... en fin, aquello que denominamos Dialéctica. ¿Dónde está el deísmo apologético? ¿La auto proclamación? El señor Núñez sigue la propaganda estalinista y ésta le deja con las nalgas al descubierto.

Sobre el asesinato de miles de comunistas opositores por parte de Stalin, para el señor Núñez "da solidez al argumento según el cuál la dirección del Partido pierde su carácter revolucionario como consecuencia lógica de la desaparición física de la "vieja guardia". Así se llega a la conclusión final de que la antigua dirección revolucionaria quedó sustituida por una "burocracia estalinista" con intereses propios ajenos a la clase obrera y a la edificación del socialismo". ¡Habrás visto! Usar la "desaparición física" (¿se suicidaron? ¿Fueron abducidos por extraterrestres?) de la vieja dirección bolchevique para atacar a Stalin. ¡Qué poca vergüenza! Sin embargo, el señor Núñez no nos aclara este misterioso punto. ¿Desaparecieron realmente? ¿Por qué? La única explicación parcial la obtenemos después cuando se nos dice que:

A la luz de los documentos desclasificados y de recientes estudios estadísticos, en contra de lo que afirma el paradigma dominante, la represión, lejos centrarse en una masa "inocente" y en la "vieja guardia bolchevique", en la mayoría de los casos, tuvo como principales víctimas a estos elementos enemigos

irreconciliables del socialismo naciente. A pesar de ello, los elementos procapitalistas que estaban infiltrados denunciaron en muchos casos a auténticos comunistas como traidores, etc.

En realidad no eran necesarios todos esos nuevos documentos y estudios. En los Procesos de Moscú ya vimos como la dirección bolchevique era acusada de conspirar al servicio del fascismo y el imperialismo, e incluso Bujarin (sí, aquel que según el “testamento” de Lenin era “el favorito del partido”) “confesó” haber planeado matar a Lenin ¡ya en 1918!

En todo caso da qué pensar el que en un país donde según la propaganda ya se había construido el socialismo y se avanzaba hacia el comunismo, estos “elementos procapitalistas” pudieran modificar el desarrollo de la justicia hasta condenar a miles de inocentes. Sobre los llamados procesos de Moscú, en los que se condenó a los más eminentes dirigentes bolcheviques (en realidad muy pocos de ellos “confesaron” realmente, la mayoría fueron juzgados a puerta cerrada y ejecutados) Trotsky escribió bastante, desmontando la farsa estalinista como después han comprobado otros historiadores.

Si el señor Núñez continúa con su alergia a leer a Trotsky, me permitiría recomendarle “Los procesos de Moscú” de Pierre Broué, un detallado estudio de las actas y el desarrollo de los juicios. En todo caso basta decir que cuando en 1945 se juzgó a los principales líderes nazis en Nuremberg, con muchos de ellos confesando abiertamente lo que habían hecho, el fiscal soviético no hizo la menor tentativa de demostrar las terribles “conspiraciones” con la Alemania de Hitler por las que tantos bolcheviques fueron condenados unos años atrás, perdiendo una oportunidad única de demostrar la “verdad”

Como conocedor del marxismo, no cabe duda que el señor Núñez sabe que uno de los principios de la dialéctica es la transformación de la cantidad en calidad. Pues bien, al igual que si en la receta de una tarta sustituímos un grano de azúcar por un grano de sal no sucede nada, si en un partido revolucionario sustituimos un militante experimentado y honesto por un ambicioso sin escrúpulos (o por un sumiso cuyo trabajo depende de su superior, o por un comunista que cree a pies juntillas en la infalibilidad de la dirección) tampoco pierde su carácter revolucionario. Ahora bien, si continuamos con este proceso llega un momento en que se produce un salto: la torta habrá perdido su sabor dulce y el partido su carácter revolucionario. Es fácil de comprender, y “El Partido Bolchevique” de Pierre Broué

(http://www.geocities.com/trotskySIGLOXXI/P_Bolchevique/INICIO.htm) nos presenta un panorama general. El lector mismo puede juzgar:

El establecimiento de una lista completa de los militantes y dirigentes bolcheviques, de los cuadros de la revolución y el Estado soviético en tiempos de Lenin, que fueron ejecutados durante el gran terror constituye en la actualidad una empresa irrealizable. Sin embargo, se impone la necesidad de una simple enumeración que resulta ya terriblemente significativa. Los más conocidos entre los viejos bolcheviques, Zinóviev, Kámenev y Bujarin, han desaparecido, fueron ejecutados tras sus respectivos procesos: junto con Stalin y Trotsky eran los supervivientes del Politburó de los tiempos de Lenin. También hemos visto que los otros condenados de los grandes procesos se contaban entre los más representativos de la Vieja Guardia: Bakáiev dirigía la Cheka, Rakovsky, Iván Smirnov, Serebriakov y Piatakov eran miembros del Comité Central durante la guerra civil: salvo Stalin y Trotsky todos los hombres citados en el testamento de Lenin fueron ejecutados por traición. Respecto a los

hombres que desaparecieron en la cárcel, a los que fueron juzgados a «puerta cerrada» y a los que fueron eliminados sin proceso, nos limitaremos a enumerar los nombres de los principales bolcheviques citados en este trabajo: los ex trotskistas como Smilgá, Preobrazhensky, Beloborodov, Saprónov, Y. Kossior, V. Ivanov, Sosnovsky, Kotziubinsky; los ex zinovievistas como Kayúrov, Safárov, Vardin, Zalutsky, Kuklin, Vuyovich; los veteranos de la oposición obrera como Shliapnikov y Medvédiev; los antiguos «derechistas» como Uglanov, Riutin, Slepков, Schmidt, Maretsky, Eichenwald; los diferentes opositoristas Riazánov, Miliutin, Lómov, Krilenko, Teodorovich, Syrtsov, Lominadze, Chatskin, Tchaplin, los hombres que, desde un principio habían sido «compañeros de armas.» de Stalin como S. Kossior, Rudzutak, Postishev, Chubar, Eije, Solz, Garnarnik, Unschlichit, Mezhlauk, Gúsev; los supervivientes de la época prebolchevique Steklov y Nevsky, éste último antiguo presidente de la Sociedad de Viejos bolcheviques. Con ellos desaparecen también sus familiares: el segundo hijo de Trotsky, Sergio Sedov, a pesar de su apoliticismo, sus dos yernos, veteranos ambos de la guerra civil, Man Nevelson y Platón Volkov, su primera mujer Alejandra Bronstein, las mujeres de Kámenev y Tujachevsky, sus hermanas, la hija de Bujarin, la esposa de Solnzev, la mujer y el hijo de Yoffe.

Los militantes desaparecen por ramas enteras. Así, de una sola vez todos los comunistas rusos, técnicos o diplomáticos que desempeñaron cualquier tipo de función en España: Antónov Ovseienko, Rosenberg, el general Berzin, Stachevsky, al igual que Mijail Koltsov, el enviado especial de Pravda. La represión afecta a casi todos los comunistas extranjeros refugiados en Moscú. De esta forma desaparecen los alemanes Heinz Neumann, Remmele, Fritz Heckert, veterano espartarquista, el especialista en cuestiones militares Kiepenberger y otros menos conocidos; lo mismo ocurre prácticamente en su totalidad con la Vieja Guardia del partido comunista polaco, Warski, el amigo de Rosa Luxemburgo, Wera Kostrzewa, citada anteriormente, Lensky y Brouski, combatientes de la Revolución rusa; todos los húngaros cuya lista se incluye hoy al final de la reedición de las obras de Bela Kun y, sobre todo, el propio Bela Kun.

En su alocución ante el Comité Central de la Liga Comunista de Yugoslavia, el día 19 de abril de 1959, Tito habla de «más de cien auténticos comunistas (...) que hallaron la muerte en las cárceles y en campos de concentración de Stalin»: el propio Tito, único superviviente o casi, de una purga que le permitió tomar la sucesión de Gorkitch, ejecutado sin juicio, a la cabeza del partido comunista yugoslavo, tiene buen cuidado en dosificar cuidadosamente sus rehabilitaciones, silenciando incluso el nombre de Voya Vuyovich en su enumeración de los militantes ejecutados.

Un análisis por sectores del origen político de las víctimas de las purgas, revela claramente, no sólo el hecho de que todos los mandos de origen revolucionario fueron exterminados, sino también el de que la mayoría de los no bolcheviques que se unieron al carro del vencedor, no sólo, se salvaron, sino, que se beneficiaron de la gigantesca operación de, exterminio. Si nos fijamos en los economistas. por ejemplo, podemos observar que Bujarin, Smilgá, Preobrazhensky y Bazarov fueron eliminados, sin embargo, el antiguo menchevique Strumilin, colaborador del gobierno zarista durante la guerra, se convierte en el teórico oficial. Los diplomáticos de origen revolucionario como Krestinsky, Yuréniev, Karaján, Antónov Ovseienko y Kotziubinsky, son pasados por las armas, mientras que los ex mencheviques Maisky, Troyanovsky y el antiguo demócrata burgués Potemkin, afiliados todos ellos de última hora, sobreviven y escalan puestos en la jerarquía. Todos los chekistas del primer momento, como los famosos letones Peters, Latsis y Peterson, los primeros

colaboradores de Dzherzhinsky, Agranov, Pauker, Kedrov, Messing y Trilisser, son eliminados tras el advenimiento de Yezhov, mientras Zakovsky, afiliado después de la guerra civil, se salva y pasa a dirigir los interrogatorios. Sosnovsky, la conciencia de la Pravda revolucionaria, es eliminado mientras Zaslavsky, uno de los que acusaba a Lenin de ser un «agente alemán», pasa a dirigir la crónica de tribunales del órgano oficial, injuriando desde ella a sus adversarios de siempre, como en ese mismo momento está haciéndolo Andrei Vishinsky, cuya carrera transcurre paralelamente a la suya. Análogamente, en el Ejército Rojo, muchos de cuyos jefes, bolcheviques veteranos y opositores como Murálov y Mrachkovsky se habían encontrado entre las primeras víctimas, la mayor parte de los desaparecidos son viejos militantes: Muklevich, bolchevique desde 1906, Dybenko, desde 1910, Primakov y Putna desde 1914, Eideman, Kork y Yakir desde 1917 y Tujachevsky, desde su vuelta a Rusia en 1918. Los supervivientes, con excepción del pequeño grupo de Tsaritsin, los hombres como Voroshilov, Budiony y Timoshenko, que siempre han sido aliados de Stalin, son antiguos oficiales zaristas, como Shaposhnikov que no se afilió al partido hasta 1929- o Gorvorov que no lo hará hasta 1942.

El cotejo de las listas de ejecutados con la de miembros de los órganos dirigentes resulta igualmente instructivo: una cifra superior a la mayoría absoluta de los miembros del Comité Central de 1917 a 1923, los tres secretarios del partido entre 1919 y 1921, la mayoría del Politburó entre 1919 y 1924 han sido eliminados. Entre 1924 y 1934 nos vemos obligados a interrumpir la comparación por falta de datos. En cualquier caso, de los 139 titulares o suplentes que el Congreso de 1934 eligió para formar parte del Comité Central, por lo menos diez se encontraban ya en prisión durante la primavera de 1937, otros 98 fueron detenidos y ejecutados durante el bienio de 1937-1938, 90 de ellos entre el segundo y tercer proceso de Moscú. Sólo 22 miembros, es decir, menos de la sexta parte, volverán a encontrarse en el Comité Central designado en 1939: la inmensa mayoría de los ausentes, ya han sido ejecutados por estas fechas.

[...] En el XVII Congreso, un 2,6 por 100 de los delegados eran miembros de afiliación posterior a 1929; sin embargo, en el XVIII Congreso, estos mismos integran el 43 por 100; un 75 por 100 de los delegados de 1934 eran veteranos de la guerra civil: en 1939 estos últimos sólo ascendían al 8,1 por 100 de los asistentes. Sobre un total de 1.966 delegados en 1934 un 60 por 100 de los cuales era de origen obrero 1.108 fueron detenidos entre ambos congresos por «crímenes contrarrevolucionarios».

Tras la muerte de Stalin, Jruschov, para explicar la «gran purga», aludiría a la personalidad del Secretario General, a su «manía persecutoria», a su carácter que cada vez era más «caprichoso, irritable y brutal», y a la influencia de Beria, que utilizaba estas «debilidades» y le impulsaba a «sostener con todos los métodos posibles la glorificación de su propia persona». Veinte años antes, Trotsky había escrito acerca de él un análisis más satisfactorio que esta explicación psicológica: «Los medios dirigentes eliminan a todo aquel que les recuerde el pasado revolucionario, los principios del socialismo, la libertad, la igualdad, la fraternidad, las tareas pendientes de la revolución mundial. La ferocidad de la represión da buena prueba del odio que la casta privilegiada siente por los revolucionarios. En este sentido, la depuración aumenta la homogeneidad de las esferas dirigentes y efectivamente parece robustecer el poder de Stalin». En efecto, los cuadros que vienen a sustituir a los veteranos bolcheviques han sido formados dentro del molde uniforme del partido estaliniano.

Una vez más, vemos que las explicaciones que basan el poder de Stalin en su carácter, personalidad etc. son de otros, y no se le pueden atribuir a Trotsky,

como pretende el señor Núñez. Pero continuemos, porque nuestro infatigable justiciero traza después un perfil del revolucionario ruso digno de los mejores manuales anti-trotskistas soviéticos, salpicándolo de interesantes aportaciones personales.

En primer lugar, nos obsequia con la típica argumentación sobre la enemistad entre Trotsky y Lenin. Para ello los propagandistas estalinistas recurren a dos tipos de argumentos: o los calificativos de Lenin a Trotsky en algunas cartas privadas (les encanta lo de “el cerdo de Trotsky...”) o artículos (“el judas Trotsky...”), o bien se rescatan cartas de Trotsky como hace el señor Núñez. Todo esto, por supuesto, aislado del contexto polémico y sin referencias al asunto. Dejemos que el propio autor nos explique su origen (Trotsky, *Mi vida*. Op cit)

*"Por aquellos días se publicó la carta que yo escribiera tiempo atrás a Chjeidze contra Lenin. Este episodio, ocurrido en abril de 1913, se produjo porque el periódico bolchevique autorizado que se publicaba en Petrogrado se había apropiado del periódico obrero que yo publicaba en Viena con el título de Pravda. El asunto condujo a uno de aquellos choques violentos en que tanto abundaba la vida de los emigrados. En aquella ocasión escribí a Chjeidze, que osciló durante algún tiempo entre los bolcheviques y los mencheviques, una carta en que daba rienda suelta a mi indignación contra el centro bolchevique y contra el propio Lenin. Puede que unas semanas después yo mismo hubiera sometido la carta a censura; pasados algunos años la hubiera mirado como se mira un objeto oscuro. Sin embargo, aquella carta estaba llamada a tener un destino especial. El departamento de policía la pescó y allí permaneció, olvidada en los archivos policíacos, hasta la Revolución de Octubre. De allí pasó, ya en el nuevo régimen, al archivo del Instituto de Historia del Partido (...). Lenin tenía noticia exacta de la existencia de la carta, que tanto para él como para mí no tenía ya más valor que el que podría tener la nieve caída el invierno pasado. ¡Pues no se habían escrito pocas cartas como aquella durante los años de la emigración! Pero llegó 1924 y los epígonos sacaron la carta de los archivos y se la metieron por los ojos al Partido, que ya por aquel entonces estaba integrado en su mayoría por hombres completamente nuevos. No por azar se decidió publicar esta carta en los meses que siguieron a la muerte de Lenin. No fallaba. En primer lugar, Lenin no iba ya a resucitar para decir a aquellos caballeros lo que venía al caso. En segundo lugar, se sorprendía a las masas en un momento en que estaba vivo en ellas el dolor por su muerte. Y aquellas gentes, que ya no tenían la menor noción del pasado ni de las incidencias que años atrás se desarrollaran en el partido, se encontraban de la noche a la mañana con un juicio condenatorio de Trotsky sobre Lenin. Aquello, por fuerza tenía que aturdir las. Ciertamente que aquel juicio había sido escrito hacía doce años, pero el cómputo del tiempo no existía para los métodos empleados..” (León Trotsky, *Mi vida*, op. cit).*

Estas polémicas (reales o inventadas) de Trotsky con Lenin, han sido extensamente analizadas por Alan Woods y Ted Grant (*Lenin y Trotsky, Qué defendieron realmente*. Ed. Fundación Federico Engels). Sólo unas líneas nos aclararán un poco:

“Trotsky, con la experiencia de 1905, creía que una nueva oleada revolucionaria empujaría hacia la izquierda a los mejores elementos mencheviques, y en particular a Mártov. Su principal preocupación era cómo mantener unidas las fuerzas del marxismo en un período difícil y evitar una escisión que tendría un efecto desmoralizador en el movimiento. Esta era la esencia del conciliacionismo de Trotsky, que en ese período le impedía unirse a los bolcheviques. Posteriormente, Lenin comentó: "En ese período varios socialdemócratas

mantenían una postura conciliadora por motivos muy distintos. Pero la postura más consecuente era la que mantenía Trotsky, el único que intentaba dar una base teórica a esa política.

Trotsky posteriormente comprendió su error y admitió sin reservas que Lenin siempre había tenido razón al respecto. A pesar de todo, los estalinistas continúan tiñendo de sensacionalismo la lucha fraccional entre Lenin y Trotsky, recurriendo a las réplicas políticas hechas al calor de la polémica para meter una cuña entre las ideas de Lenin y Trotsky en general”

Visto esto, no está de más recordar otra carta de Lenin:

"Debemos colocar a nuestra propia redacción en Pravda y dar una patada a la actual. Las cosas ahora funcionan muy mal. La falta de una campaña a favor de la unidad desde abajo es estúpida y despreciable (...) ¿Llamaríais editores a esos? No son hombres, sino lamentables lavatrapos, y están arruinando la causa".

¿Quiénes son estos lamentables lavatrapos? ¿Un grupo de “trotskistas”? No, en aquel momento la redacción bolchevique de Pravda estaba encabezada por Kámenev y... Stalin.

No cabe duda que estos términos indignarán a almas sensibles como la del señor Núñez, pero eran habituales en las polémicas de la época. Ahora bien, sería extremadamente aventurado deducir de este episodio (o de otros similares) una supuesta “enemistad” entre Lenin y Stalin. El verdadero enemigo estaba en otro lado, y para ello basta ver los epítetos que tanto Lenin como Trotsky dedicaban a la burguesía liberal en sus escritos.

El señor Núñez, con una sagacidad digna de Sherlock Holmes, nos descubre después un asunto sospechoso:

“El biógrafo del presidente estadounidense Woodrow Wilson, J.C. Wise, escribió: “Los historiadores nunca deben olvidar que Woodrow Wilson hizo todo lo posible para que León Trotsky entrara en Rusia con pasaporte americano”. Trotsky durante la caída de la autarquía zarista en febrero-marzo de 1917 se encontraba en Nueva York, cuando decidió dirigirse a Rusia fue detenido por las autoridades de Canadá y éstas le permitieron continuar su viaje tras... ¡la mediación del Gobierno Británico!”

Caramba, este Trotsky se las traía. ¿Sería un espía anglonorteamericano?.

En realidad, no he encontrado más información donde contrastar la actividad de Wilson. No sé exactamente qué será ese “todo lo posible”, pero no parece haber sido mucho puesto que Trotsky volvió para Rusia con pasaporte ruso, emitido en el consulado ruso en Nueva York, donde se encontraba exiliado (y por cierto, colaborando en la edición de una revista con el bolchevique Bujarin).

Sobre el segundo episodio sí disponemos de más información: cuando Trotsky se dirigía a Rusia, fue obligado a desembarcar e internado en un campo para prisioneros alemanes en Canadá. A la sazón, Canadá pertenecía al Imperio Británico, por lo que las “autoridades canadienses” que lo detuvieron y después lo liberaron “tras la mediación del gobierno británico” no eran sino ¡el Almirantazgo Británico! Éste actuó bajo indicación de ministros del gobierno provisional ruso, como admitió en sus memorias el embajador británico en

Petrogrado, señor Buchanan, debiendo liberar a Trotsky y sus acompañantes por las protestas suscitadas (entre ellas, Lenin y los bolcheviques).

Las sospechas de algún tipo de entendimiento con las potencias de la Entente que siembra el señor Núñez resultan todavía más curiosas si cabe cuando recordamos que, en aquella época, la acusación más frecuente que se hacía a los revolucionarios era la de estar “al servicio de Alemania”, para acabar con el esfuerzo de guerra de la Rusia aliada. En todo caso, Trotsky resultó un pésimo agente de la Entente, asumiendo la presidencia del soviet de Petrogrado y preparando la insurrección que llevó a Rusia a la revolución socialista .

Para el señor Núñez, otra aclaración importante es que *“Trotsky nunca perteneció al Partido Bolchevique hasta Julio de 1917, es decir, a penas dos meses antes de la Revolución Socialista de Octubre”*

En primer lugar cabe destacar que el Partido Bolchevique sólo se fundó en 1912. Hasta entonces era formalmente una fracción del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR), al que también pertenecían la fracción menchevique y diversos grupos e individuos, entre los que se encontraba Trotsky (que había roto con los mencheviques ya en 1904). Omitiendo el hecho, por tanto, de que durante 10 años (1902-12) Trotsky perteneció al mismo partido, el señor Núñez nos muestra una vez más su “objetividad”.

Sobre los motivos que argumentó Trotsky para no incorporarse a los bolcheviques ya hemos hablado. Veamos ahora ese *“apenas dos meses antes de la Revolución Socialista de Octubre”* que tanto inquieta al señor Núñez.

Resulta curioso que la prisa por hacer recaer la sospecha de oportunismo en Trotsky lleve a nuestro valiente caballero a decir que entre el final de julio y el 25 de octubre transcurrieron dos meses, cuando según mis cálculos son tres, pero bueno, ya sabemos que “la prisa es mala consejera”.

Decía Engels algo así como que a veces la historia transcurre de forma que las décadas parecen meses, y en otras los días parecen años. El año de 1917 en Rusia, con una revolución democrática que derribo la monarquía absoluta y una revolución socialista, fue un periodo muy agitado, en el que sin duda tres meses son bastante tiempo. De hecho esos tres meses incluyen el crecimiento definitivo de la marea revolucionaria que condujo a la revolución de octubre. Ahora bien, analizando concretamente el momento en que Trotsky se unió a los bolcheviques, no parece un momento muy propicio para los oportunistas que se suben al carro vencedor, con la reacción desatada tras las “jornadas de julio” que llevó a los principales dirigentes revolucionarios a prisión (como el propio Trotsky) o a tener que esconderse (como el propio Lenin).

Por cierto, que resulta instructivo también ver que nadie se preocupó de perseguir o dictar orden de captura contra Stalin, si bien quienes “tienen el coraje de defenderlo en su contexto histórico”, como las fuentes citadas por el señor Núñez, no dudan en afirmar que en aquel momento era el lugarteniente inseparable de Lenin.

En Diciembre de 1917 se opone a la Paz de Brest-Litovsk que permitió consolidar el Poder Soviético y preparar la guerra contra la reacción blanca apoyada por la intervención de los catorce Estados de la Entente que habían ganado la Primera Guerra Mundial.

Un nuevo ejemplo de “trabajo intelectual honesto”. El malvado Trotsky se opuso a la Paz, y con ello puso en peligro la consolidación del Poder Soviético y la defensa contra la intervención extranjera. ¿Por qué? No lo sabemos. Podemos imaginar que porque Trotsky era un agente secreto de la Entente.

Sobre el tratado de Brest Litovsk se ha escrito mucho, y para no extender demasiado remitiré al lector al capítulo 4 del excelente “Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente” de Alan Woods y Ted Grant (http://www.engels.org/libros/leni_trots/leytr_14.htm) para comprobar en qué consistió la “negativa de Trotsky a firmar el tratado”.

Para resumirlo diré que había tres posiciones enfrentadas dentro del Partido. Todas ellas mantenían como prioridad no la salvación de la revolución rusa (eso vendría después, con el “socialismo en un solo país”), sino el estallido de la revolución en los demás países europeos, principalmente en Alemania:

Por un lado estaban quienes, encabezados por Bujarin, defendían la iniciación de una guerra revolucionaria para llevar la revolución al resto de Europa, que por cierto era la posición del partido unos años antes. Leyendo el capítulo citado el señor Núñez descubrirá, en palabras de Lenin, lo que quiere decir la “tesis metafísica de la “exportación” de la revolución” que adjudica a Trotsky.

En otro lado se encontraba el grupo encabezado por Lenin que defendía la firma inmediata de la paz ante la ausencia de síntomas revolucionarios en Alemania.

Por último, la postura de Trotsky, que mantenía que la firma de una paz inmediata daría argumentos a quienes difundían los rumores de que los bolcheviques eran agentes alemanes, perjudicando con ello la causa de la Revolución en Occidente. Por ello defendía prolongar al máximo las negociaciones usándolas como altavoz propagandístico, así como desmovilizar al ejército aun antes de firmar la paz, mostrando inequívocamente a los obreros europeos la voluntad pacifista de los bolcheviques. En caso de que los alemanes atacaran a un ejército desmovilizado, quedaría clara además para las masas la naturaleza imperialista de la guerra. El señor Núñez podrá estar de acuerdo o no, pero se trataba de una postura racional y revolucionaria, y desde luego menos arriesgada que defender una guerra ofensiva con un ejército hambriento y mal armado. Es más, el propio Stalin reconoció (actas del CC. 01/02/1918) que “... *La salida de esta difícil situación se nos brinda en el punto de vista intermedio, o sea en la posición de Trotsky*”.

El señor Eduardo Núñez comete después más errores, sobre el “testamento” de Trotsky, el “debate” sobre el socialismo en un solo país y otras cuestiones que abordaré en un segundo artículo.

Bibliografía

Leon Trotsky, *Mi vida*
(<http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/mivida/indice2.htm>)

Leon Trotsky, *Stalin*
(<http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1940s/stalin/index.htm>)

Leon Trotsky, *La revolución traicionada*
(http://www.engels.org/libros/rev_trai/indice.htm)

León Trotsky. *En defensa del marxismo*
(<http://www.marxismo.org/dm/indice2.htm>).

Ted Grant y Alan Woods, *Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente*
(http://www.engels.org/libros/leni_trots/lenytro.htm)

Pierre Broué, *El Partido Bolchevique*
(http://www.geocities.com/trotskySIGLOXXI/P_Bolchevique/INICIO.htm)

Pierre Broué, *Los procesos de Moscú*
(<http://www.marxismo.org/pmoscu/indice2.htm>)

Ludo Martens, *Otra visión sobre Stalin*
[http://www.jcasturias.org/descargas/Formacion/Ludo_Martens_\(PTB\)/otra_visin_stalin_I.pdf](http://www.jcasturias.org/descargas/Formacion/Ludo_Martens_(PTB)/otra_visin_stalin_I.pdf)